

FUNDACIÓN CULTURAL BARINAS

Blanca

Muerte al amanecer

## FUNDACIÓN CULTURAL BARINAS

PRESIDENTE

Luís Sánchez Aguilera

VICEPRESIDENTE

Luís García Müller

SECRETARIO

José Ignacio Vielma

TESORERO

Freddy Rojas

PRIMER VOCAL

Luis Sosa Caro

SEGUNDO VOCAL

Raúl García Palma

VOVAL SUPLENTE

Élide Salas

DIRECTORA EJECUTIVA

Marta Cabrera Salazar

JOSÉ LEÓN TAPIA

# Muerte al amanecer

*Domingo López Matute*

*de Boves a Facundo Quiroga*

FUNDACIÓN CULTURAL BARINAS

**Muerte al amanecer**

**Domingo López Matute de Boves a Facundo Quiroga**

© José León Tapia, 2008

Primera edición, 2008

© De esta edición

Fundación Cultural Barinas

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Detalle de la casa natal de Domingo López Matute,  
Guardatinajas, estado Guárico.

COORDINACIÓN EDITORIAL

Luis Sánchez Aguilera

Fundación Cultural Barinas

DISEÑO Y CUIDADO DE EDICIÓN

José Gregorio Vásquez

IMPRESIÓN

Producciones Editoriales C. A.

produccioneditoriales@yahoo.com

Mérida, Venezuela

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: LF07320079005109

ISBN: 978-980-7153-00-3

Fundación Cultural Barinas

Calle Arzobispo Méndez N° 12-49,

entre avenidas Rondón y Vuelvan Caras, Barinas, estado Barinas.

Telf: 0273 – 5325061 / e-mail: funculba@yahoo.com

Reservados todos los derechos

## Presentación

Esta primera edición del último trabajo literario del Dr. José León Tapia *Muerte al amanecer. Domingo López Matute, de Boves a Facundo Quiroga*, tiene para nosotros seguidores de su obra, y más aún para el género historia novelada una significación invariablemente singular.

Representa, en la justa valoración de la producción literaria del autor, la conclusión de una importantísima labor en la que sustanció parte de la actual conciencia histórica del *Ser* barinés; y en la que reafirmó su condición humana en esa irrepetible individualidad que fue y seguirá siendo. Representa también la demostración palpable de su persistente propósito por reanimar la memoria de este país; por desvelar especificidades locales pero también rasgos y aspectos universales de personajes y hechos de la nación.

Con la perspicacia para captar el sentido histórico, oculto en algunos episodios del pasado cotidiano, el Dr. José León Tapia recupera y a la vez revitaliza, en la ficción narrativa,

una insospechable cultura venezolana que, el dato histórico, apenas designa o refiere cuando no ignora.

Y ante los temas de inobjetable valor histórico, su escritura produce un efecto de inagotabilidad expresiva, que refuerza la verosimilitud, alcance y permanencia de la obra.

Así, en la progresiva experiencia con la palabra y en el cada vez mayor conocimiento de los hombres y de la historia, creó desde la sencillez de estos hechos, y desde la complejidad de los otros una prosa medularmente intensa, eficaz que lo llevó a convertirse por su amplia producción, en maestro de su propia voz y en un destino.

Por ello, en la confluencia de sus matices creadores con los que mostró al país –ignorante de su olvido– algunas claves para la interpretación de su historia, hubo siempre y de modo radical un sentimiento nostálgico por que coexistiesen en nuestros proyectos y construcciones culturales, la opción referencial o rotunda del pasado, pero sin abdicar de la sustancia mítica fiel a todo pasado.

*Luis Sánchez Aguilera*  
Fundación Cultural Barinas  
diciembre de 2007



## Prólogo

Asumir el desafío de un prólogo es aceptar el reto de presentar la escritura de otro, sin cometer el error de anticipar al lector demasiado y condicionar su lectura o el exceso de regodearse en la propia escritura en desmedro del texto que debe ser anunciado. Por ello decidí partir de un fragmento de la novela que me pareció que ilumina el destino del protagonista y narrador de su propia historia:

«Me enamoré de verdad con la esperanza de que ganáramos pronto esa guerra para casarme con ella y llevármela para mi pueblo. Que me diera un hijo a quien sacar de paseo en las tardes por la plaza, cultivar con ella una sementera, ordeñar cada mañana vacas de rosadas ubres, criar un patio de gallinas y un gallo que con su canto nos despertara en los amaneceres. Vivir, simplemente vivir, la existencia apacible de los pueblos.»

Ese es el sentido último de la guerra para cualquier hombre sencillo que se suma a la lucha, no es el pensa-

miento del político ni del soldado profesional. Es el hombre que espera que la violencia termine para volver a una familia, a trabajar y criar hijos.

Eso era lo que pensaban muchos hombres de nuestra tierra en el siglo XIX, hombres de campo, de trabajo y de sueños de arreos, mujeres amables y niños bulliciosos; pero la realidad fue otra y a los realistas le siguieron caudillos y la paz no fue posible.

Hasta aquí pareciera que estoy contando una historia común a nuestros gauchos que montaron sus caballos y tomaron la lanza para luchar por una Patria que no era una abstracción sino la tierra que conocían y el futuro al que aspiraban, los mismos que luego se embanderaron detrás de otros gauchos que les dijeron que con la lanza y a caballo se podía construir un país que los tuviera en cuenta. Sin embargo la cita con la que empecé y de quien trataremos en adelante no es un gaucho, aunque también es un hombre de a caballo, lanza y sueños de libertad: el llanero.

¿Qué es el gaucho? ¿Qué es el llanero? Sucede que cuando los europeos se encontraron con que América no era el extremo oriental de Asia, o sea, cuando Colón comenzó a sospechar que estas tierras no eran el Chipango de Marco Polo, ya la corona de Castilla había ordenado expandir sus territorios más allá del mar océano y envió administradores, evangelizadores, soldados y aventureros cargados de sus bastimentos y animales.

Entre esos animales que llegaron con los conquistadores estaban la vaca y el caballo que al encontrarse en terrenos abiertos y llenos de pasturas crecieron y se multiplicaron.

Los hijos de los conquistadores y de las nativas, que debieron aceptar a los nuevos hombres sedientos tanto de agua fresca como de mujeres después de tanto tiempo de privaciones en el mar, fueron los que aprendieron a moverse por las inmensidades de América dominando el caballo y proveyéndose de sus necesidades gracias a los abundantes vacunos.

Así surgió una cultura ecuestre de espíritu libre y cuerpos vigorosos para dominar a las bestias, esos hombres fueron nombrados de distintas maneras pero sus diferencias son mínimas dentro de una geografía demasiado dilatada, poblada de charros, llaneros, guasos y gauchos.

Esos hombres de a caballo fueron señores de la inmensidad y allí aprendieron a saborear la libertad antes de que los intelectuales de las ciudades invocaran razones filosóficas y políticas para proponer la independencia de estas naciones de la Metrópoli.

Por ello fue tan rápida la respuesta de los hombres de a caballo cuando los incipientes gobiernos revolucionarios convocaron a las armas para lograr por la fuerza la independencia de estos inmensos territorios que aún no tenían los nombres con que los llamamos ahora.

Muchos se alzaron en armas siguiendo a caudillos locales por quienes sentían la mezcla de temor y amor que crea la devoción por los hombres más que por los ideales y mucho después de iniciar la jornada comenzaron a diferenciar los bandos y a comprender a quienes combatían, entonces se sucedieron los cambios de bando y las confusiones entre quienes hoy enarbolaban una bandera y mañana defendían otra.

Las guerras llevan a los hombres desde lugares alejados hasta extremos impensados y el que nació en la montaña se encontró de repente en el mar y el que se crió junto al río inmóvil dejó sus huesos en las cumbres heladas.

Así fue que un hombre, nacido en los llanos del Guárico comenzó a pelear junto a los realistas, siguiendo a un caudillo local hasta descubrir que aquellos que representaban a España eran los que representaban la opresión imperial. Entonces fue que arrojó sus emblemas y se unió a ese hombre delgado, de voz ronca y sombrero alón que arengaba a sus seguidores hambrientos, enfermos, cansados, andrajosos pero dispuestos a morir por algo que llamaban «Patria». Ese General de ejércitos fantasmales lo llevó más allá de los llanos a través de selvas, cordilleras y altiplanos para liberar naciones diversas que cargaban contra los realistas tomándose una revancha ancestral.

La historia lo recoge fragmentariamente, a veces de mala manera, a veces sólo como una curiosidad pues se trata de un llanero que comenzó luchando en la extensa sabana venezolana y terminó sus días en el valle de Salta.

¡Qué largo viaje! Poblado de luchas, heridas y pérdidas de hogar, amores, amigos y terruño.

El Dr. José León Tapia decidió asumir el desafío de contar la historia de ese llanero que murió tan lejos de su tierra, peleando guerras tan extrañas pero tan cercanas a todos los latinoamericanos.

Contar la historia de un hombre, Domingo López Matute, no es sólo el relato de una vida particular sino la síntesis de un destino común en el que se reconocen no sólo los llaneros que atravesaron Sud América para lograr la independencia de estas crueles provincias con su sangre sino la de todos aquellos hombres de a caballo que dejaron el rancho, llevaron sus caballos y sacrificaron sus vacas para que después los hombres de levita sancionaran leyes y decretaran los derechos de unos y las limitaciones de otros.

José León Tapia ha novelado distintas vidas de hombres que hicieron la historia pero que la disciplina histórica ha dejado en los márgenes porque en su interpretación científica de los hechos debe enunciar lo general y dejar los particulares sólo a título de ejemplo.

Es la gran ventaja de la literatura que al narrar historias particulares muestra destinos comunes en los que se encuentran charros, llaneros, guasos, gauchos, en fin todos los hombres de a caballo que entregaron su vida a estas inconmensurables naciones y no fueron bien pagados. Es allí que nosotros, los lectores del siglo XXI nos

leemos en esos destinos arrastrados por la violencia de una época y, aunque a pie y sin lanza, nos sentimos charros, llaneros, guasos, gauchos traicionados por quienes hacen las leyes y dictaminan los derechos y las obligaciones.

*Lic. Rafael Gutiérrez*  
Itto. Luis Emilio Soto-U.N.Sa.

## La felicidad de la escritura

Borges no podía afirmar que existiera la felicidad pero sí reconocía que había distintas formas de ella, una era la conversación entre amigos y otra la literatura. Hemos entrado a la era del ciberespacio y eso nos puede ayudar a propagar esas formas de felicidad. Puedo dar testimonio de ello porque el correo electrónico me ha permitido el diálogo a través de distancias donde la literatura, una vez más, me ayudó a cultivar una amistad.

Hace unos años, un amigo me alentó a que escribiera artículos de divulgación sobre temas de historia, nada novedosos, pero sí curiosos para los lectores comunes que quieren sorprenderse con la maravilla de la realidad cotidiana en que cada calle, cada templo, cada cerro y cada río que remiten a historias cercanas y lejanas. Así mantuve durante años una columna en la revista *Informes de Salta la nuestra*.

A otro amigo le gustaron esos artículos y tuvo la idea de ponerlos en el Portal de la Cámara de Diputados de la

Provincia de Salta, en un apartado sobre la cultura de Salta. Entonces muchos comenzaron a confundirme con un historiador y tuve que salir a aclarar que sólo era un fabulador, un narrador de historias menor, pues ni siquiera eran fruto de mi imaginación sino un copista de libros olvidados en bibliotecas poco frecuentadas.

Así fue que una vez recibí un mail de Venezuela, del Dr. José León Tapia que había decidido asumir el desafío de narrar la historia de un llanero nacido en sus mismas tierras, que había combatido junto a los ejércitos revolucionarios para lograr la independencia de la Gran Colombia y, siguiendo esa empresa, llegó hasta el Alto Perú y luego a Salta, donde se vio envuelto en las luchas entre unitarios y federales hasta su muerte en los valles de Salta, tan lejos de su llano natal.

La historia de Domingo López Matute fascina por su mismo periplo, sin embargo hay detalles que la hacen aún más interesante y es allí donde la ficción es superada por la realidad y llaman a la escritura del historiador y del novelista a encontrarse para dar un testimonio a las siguientes generaciones.

El Dr. José León Tapia había leído mis artículos y, necesitado de un referente en las tierras que no conocía personalmente, pidió mi colaboración para novelar la última etapa de su historia, esa que transcurría entre la deserción en Bolivia, después de la Batalla de Ayacucho hasta la muerte de su personaje en Salta.



Desde el primer momento le aclaré que no era un historiador, pero el novelista era consciente de ello y más que un investigador quería un punto de vista compartido en el que los gauchos y los llaneros se encuentran hermanados por una misma Latinoamérica que se ha alimentado de su sangre para liberarse de España y encumbrar o deponer caudillos.

El Dr. José León Tapia me hizo llegar por correo los libros *Maisanta. El último hombre a caballo*; *Tierra de marqueses*; *Los vencidos*; *La música de las charnelas* y *Ezequiel Zamora a la espera del amanecer*, en los que fabula la historia de su Venezuela, de las luchas de aquellos hombres de campo, hechos a los rigores del trabajo, que montaron a caballo y empuñaron las lanzas para construir una nación que no fuera devorada por «los de ajuera».

Cualquier parecido con nuestra realidad no es pura coincidencia.

*Lic. Rafael Gutiérrez*  
Itto. Luis Emilio Soto-U.N.Sa.  
rfguti2001@hotmail.com

Blanca

## Capítulo I

El calabozo de Salta, en plena tierra argentina, era oscuro, húmedo, fétido, con solo una ventana desde donde se divisaba el cielo que iba tornándose negro, envuelto en la noche pronta.

Lo habían juzgado en la mañana y de una vez lo condenaron a ser fusilado al amanecer.

Un sopor lejano lo fue invadiendo y su mente comenzó a perderse en los recuerdos finales del condenado.

Como si quisiera revivir su vida entera en las pocas horas de existencia que le quedaban.

Tendido en un camastro añoraba en lejanía su pueblo guariqueño, en pleno corazón de Venezuela, tan lejos y ahora tan cerca en la ensoñación.

Sus casas entejas, de paredes blancas, las calles polvorientas; la gente a caballo reunida en la plaza; atadas

las bestias al gajo de un samán, mientras sus jinetes escuchaban misa, música de armonio, silencio de los domingos.

El caserón arruinado de su madre, desde cuando murió su padre de peste negra, pintada de bilis su piel cetrina.

Corredores empilarados, helechos colgantes en el alero y olor a tierra mojada con agua recogida en el sereno. El amplio patio del jardín, mustio de sequía veranera. La pobreza después de venderlo todo al quedar huérfano y desvalido con su madre cerrada de luto.

Extrañamente sentía, como si estuviera en Guardatinajas, el aroma de azahares del limonero donde bajo su escasa sombra se sentaba en las tardes a estudiar las lecciones de buena maestra que le enseñaba su madre.

Percibía la iglesia de amplias naves, torre de calicanto, Santa Bárbara la patrona y la virgen Dolorosa de altar adornado de lirios sabaneros, cayenas y claveles alumbrado por velones de esperma derritiéndose.

La plaza de frondosos samanes. Sembrada de trinitarias rojo sangre, presagio de tanta sangre que en su guerra vió derramada.

Y hasta echaba de menos aquella vida tranquila bajo el dominio de España, aun cuando todo era temor a ese Rey lejano con derecho de vida y muerte en Venezuela.

Pero de repente, revivió la mañana de su pueblo cuando escuchó el primer tropel de la guerra que había comenzado para liberar la patria; sin que él en su juventud supiera, por su desconcierto, para dónde tomar partido.

Eran caballos, lo supo por la polvareda alegre de su galope, tan distinta de la polvareda cadenciosa y lenta de las reses.

Y al entrar el escuadrón de caballería al poblado, divisó a su jefe, un hombre robusto, blanco de ancho pecho, cabellos rojizos y crespos, alborotados al viento.

Su mirada de gavilán se extendía a lo largo de las calles, atisbante, desconfiado bajo su ancho sombrero de palma real, adornado por la cucarda en la cinta con los colores de España.

Sosegó su ira feral en el registro de cada rincón de las casas cerradas de miedo en busca de blancos, ricos e insurgentes, para ahorcarlos en la plaza aturdida por los dobles de las campanas de la iglesia, bajo el cendal tupido de los samanes que amainaban la candela del sol.

A la cola de un caballo, enlazado como una res, trajeron a don Vicente Blanco, dueño del hato la Palomera, acusado de insurgente, para colgarlo en el gajo de un ceibo.

«El Zambo Palomo, su caporal, a quien yo conocía bastante, ejecutó la orden con una risita de satisfacción y entonces fue cuando supe que el jefe de voz tronante era

José Tomás Boves, enemigo de Blanco desde cuando este se negó a fiarle unas reses, en sus tiempos de negociante de novillos gordos en Calabozo.

Me lo había descrito mi madre diciéndome al mismo tiempo: –Cuando escuches ese nombre aléjate de él que es la muerte misma–.

Y en verdad era la muerte, al escucharse los lamentos de los ahorcados, lanceados, fusilados, robados, bajo el samanal sombrío en aquel mediodía terrible.

Traté de esconderme, de escapar hacia el caño cercano, pero me venía siguiendo su mirada y de pronto escuché su voz de mando: –Muchacho, monta ese caballo–. Y obedeciendo de una vez, le eché pierna a un castaño ensillado de uno de los muertos, para desde ese momento formar parte de su Legión Infernal».

Siete mil llaneros, siete mil lanzas de acero mortal. Bandera negra con dos huesos cruzados bajo una calavera, pintados de blanco, como todavía se recuerda en la historia de Venezuela.

«Primero fui abanderado, tremoleándola en mi castaño andón y cuando adquirí destreza con la lanza, enhastada en albarico, ese año 1814, me nombraron edecán del General.

Desde entonces fui su sombra. Lo acompañé en la batalla de San Mateo donde en el asalto del ingenio azu-

carero, de milagro no morí porque fui uno de los que bajaban la serranía para rematar la toma, cuando se estremeció la tierra por el estallido del parque que Bolívar guardaba allí. Al encender la pólvora, según lo supe después, el capitán Antonio Ricaurte, voló junto con el edificio y todos los asaltantes que habían entrado en los aposentos.

Estuve con Boves en la batalla de La Puerta y esa vez, supe quién era Bolívar. Lo vi de lejos, un jinete de sombrero blanco al escape de la derrota, cuando ensanjonamos a su ejército en el cauce del río Guárico rodeado de farallones. Nunca olvidaré la imagen de aquel hombre que ya comenzaba a tener fama, entre quienes no conocíamos todavía la patria.

Después Villa de Cura, en el caserón de Boves, donde lo llevamos herido de un lanzazo en la ingle.

Tendido en un camastro durante semanas enteras, dando órdenes enfurecidas, amargadas de impotencia, pues ni siquiera podía montar a caballo. Casi escucho sus quejidos, en el desespero de mi insomnio. Toda una pesadilla hasta que por ratos me vencía el sueño.

¡Carajo! Mosquiteros donde nos derrotó Campoelías, sin dejar vivo un prisionero. Todos lanceados en un chaparralito tupido.

Yo me salvé porque tuve que seguir a mi jefe cuando ordenó la retirada, acompañado de su amigo de mayor

confianza, el Zambo Palomo. ¡A Guayabal, donde repodíamos los muertos!

Pesadilla negra la toma de Caracas y la persecución a Bolívar con toda la impedimenta de su pueblo en masa, rumbo hacia oriente.

Una ristra de emigrantes con el miedo en los ojos. Adelante Bolívar, vencido, flaco, en un caballo más flaco todavía, con su sombrero blanco que distinguíamos desde lejos en las curvas del camino, en los repechos de la serranía sin que –como por arte de magia– pudiéramos alcanzarlo.

Pesadilla negra para nosotros, la de Urica, tan negra como el negro caballo de Boves, trozado de cansancio, privado en el galope, al pararse en las patas traseras en frente al Batallón Rompelíneas de Pedro Zaraza.

Y más negro todavía, el lanzazo, como una saeta de luz del jinete patriota cruzándole el pecho a mi General, para enlutarnos con su muerte.»

Cayó de bruces, deslizándose sobre el anca sudorosa del caballo y al correr a su lado, su edecán, un río bermejo inundaba su cuerpo hasta que se le nublaron sus ojos verdosos y la angustia de la agonía se fue haciendo desmayo.

«Se murió en mis brazos y en los del Zambo Palomo, su compañero inseparable, enfurecidos de pena al sentir



el viento de las patas de los caballos del Batallón Rompelíneas soplar sobre nuestras cabezas.»

Cien caballos de sogá pasada por los pretales para como un ariete, ir llevándose todo por delante.

«Alto, huesudo, era este zambo que me parece estar viendo, porque fue él quien, en la persecución de los derrotados de Urica, me enseñó a matar un enemigo a sangre fría.

–Apúntale bien– me dijo y le apunté al hombre que escapaba, con la venganza afinándome el pulso en la mira del fusil. Lo dejé tendido en el morichal, mirando al cielo con sus ojazos abiertos persiguiendo en el azul el alma que también se le escapaba.

¡Ah zambo buen jinete en los bancales del Guárico y en los valles de Salta! Siempre montando potrones de bozal que él mismo domaba, enseñándoles las mañas para correr planeando en las cargas, ante los balazos o el frío de los sables. Nunca me ha abandonado desde entonces.

Esa fue mi vida con José Tomás Boves, quien esta noche me abrumba con su fantasma en este calabozo tan distante.»

Blanca

## Capítulo II

Sin poder evitarlo le aparecía de pronto su vida de infancia en su pueblo guariqueño.

La casa de su madre, musgosa de sol y lluvia. Su pasado abrumándole esa noche de Salta. Noche lúgubre de tempestad y centellazos, quejidos de mochuelos en el alero de la cárcel, los mismos quejidos en la noches invernales en su casa.

Todo un manto de nostalgia, donde escuchaba el tropel de la caballería de Boves y su voz endemoniada que le ordenaba montar a caballo y unírsele a la guerra de sus odios, pillajes y asaltos, en el saqueo libre de la rebatiña soez.

Era el embrujo del poder de su jefe arengándoles, empinado en los estribos de su zaino negro marañón.

Veía a Boves muerto, en el ataúd que le fabricó el Zambo Palomo en Urica.

«Y la tumba donde lo sepultamos, con doble de las campanas sordas de la iglesia, los mismos dobles con que los curas de los pueblos arrasados por nosotros despedían a los ahorcados en los gajos de los árboles. Largo fue el toque de diana despidiendo a mi General, parecía llorar en el silencio.»

Recordó entonces al nuevo Comandante con quien no se entendió nunca... un canario hecho caudillo realista, pulpero de pueblo, grosero y carácter de impredecible crueldad. Francisco Tomás Morales, moreno, espigado y ojos avellanados de su ancestro guanche.

«Como si hubiera para mí una maldición, con Morales siguió la guerra cada vez más sangrienta.

En La Victoria de Aragua, sin que pudiéramos tomar las trincheras del general Ribas repletas de muertos, caballos destripados y el temor que nos inspiraba la llegada de Campoelías quien no daba cuartel a los prisioneros. Como lo hizo en la sabana de Mosquiteros donde nos venció imponiendo todo el terror de su raza. Su raza española que detestaba tanto al decir enardecido, anunciando la muerte de todos los españoles y sus cómplices: —Después me mataré yo, para terminar con esa estirpe maldita—.

Hasta que apareció la tropa de este hombre en apoyo de Ribas y tuvimos que retirarnos, otra vez vencidos, por el único que parecía poder vencernos. Regresamos al oriente hasta que una mañana radiante, vimos desembar-

car en sus playas los miles de soldados españoles que trajo en una poderosa flota el general Morillo.»

Eran destellos en su imaginación atormentada, sin orden ni concierto, como si le iluminarán de pronto de acuerdo con la intensidad del suceso.

«Unos soldados peninsulares con las más modernas armas del imperio. Y unos uniformes verdes de paño fino, galoneados, elegantes, que yo no había visto nunca. Hasta pena nos daba estar entre ellos con nuestros harapos. Como no había visto jamás tantos barcos en el mar, me parecían pájaros gigantes de alas extendidas y rasantes, al hincharse las velas con el brisote.

Nos embarcaron en ellos, una madrugada sin luna, rumbo a Cartagena de Indias. Íbamos todos bajo el mando de Morillo, el Pacificador, como le decían, quien realmente pacificó ofreciendo algunas garantías contra la opinión de Morales, nuestro comandante inmediato, pues para él a esos insurgentes mestizos sólo debía dárseles la muerte.

Y en esos barcos voladores llegamos a Cartagena donde se habían refugiados los patriotas, derrotados por Boves, con Bolívar a la cabeza.»

Largos días de navegación con el estómago en la boca de aquellos llaneros que no conocían el mar, desmayados de mareo en el batir de las olas y luego: la bahía azul,

más azul que nunca de Cartagena con sus grandes fortalezas de piedra partiendo el horizonte.

«Por entre nuestros barcos cañoneándolos, abriéndose paso entre su fuego, cruzaban goletas livianas en la bahía que de repente se hizo tormentosa.

Eran los jefes patriotas que escapaban hacia Haití, ante nuestra superioridad en soldados y armamentos.

Al no más pisar tierra, Morillo y su ejército puso sitio a la ciudad y nosotros, los de Morales, asaltamos de a pie el cerro de La Popa, un convento fortificado. Bermúdez, su comandante, había huido ya en una de las goletas vencedoras de la borrasca.

Después, el largo asedio a la ciudad amurallada; y sus soldados y habitantes defendiéndose casi sin municiones, hambrientos, miserables, comiendo para poder subsistir, caballos, mulas, perros, gatos y ratas, al agotárseles los bastimentos.

Mientras yo y mis compañeros venezolanos nos sentíamos muy disgustados por las miradas y tratos groseros de desprecio de los soldados de Morillo, cada vez más repelentes.

¡Ay Cartagena! y los horribles meses que allí pasamos siempre pendientes de sus defensores asomados a las murallas, muriéndose de hambre y enfermedades, pero victoreando el nombre de Bolívar desesperadamente.

Parecían cadáveres salidos de sus tumbas, el día cuando al fin se rindieron, apareciendo en las puertas como zombis.

Ese mismo día, el horror de los fusilamientos en masa de aquellos seres casi muertos, ordenados por el Pacificador.

Así se acentuó mi desencanto, aunque había servido a Boves y a toda su crueldad contra los blancos mantuanos, dueños de Venezuela.

Pero igualitario con todos y preocupado porque tuviéramos buen rancho que compartía con nosotros, como si fuera un lancero más de la Legión. Además, repartía con justicia los bienes que confiscaba.

En cambio, Francisco Tomás Morales, me repugnaba por servil a Morillo y ser más cruel que Boves, porque aquél cometía crímenes por lo menos con la intención de resarcirse de agravios mantuanos, cometidos contra su persona.

Morales, al contrario, era déspota y en el rostro se le notaba su sed de sangre, cada vez que con su sable curvo de caballería, de un solo tajo, cercenaba cuellos.

Por eso fue mi primera deserción, al nomás regresar de Cartagena de Indias. La madrugada en que me escapé desde Barcelona, sin rumbo fijo; solo al sur, hacia el Apure, donde me dijeron se estaba formando un ejército li-

bertario, al mando de José Antonio Páez, en apoyo de Bolívar y su campaña contra esa España que había sido mi decepción.

Bolívar, ese nombre mágico que con su embrujo cambió mi vida al mostrarme más tarde, lo que era la patria.

Marchaba guiado por el giro del sol que seguían las espigas de los pajonales y durante la noche, por el parpadeo de la Estrella del Sur.

Pendiente de las patrullas realistas, ahora mis enemigos pero, al cruzar los sabanales del Guárico, no pude soportar la tentación y entré al anochecer en Guardatinajas, para abrazar a mi madre.

Con ella después de tanto tiempo sin verla, pasé varios días refugiado en mi casa, disfrutando de su amor.

Hasta que por el mismo camino del cementerio, podrido de cruces blancas, dando gritos, arrasando el silencio, divisé la misma polvareda de 1814. El mismo traqueteo de casco de la caballada realista, sobre la costra de la tierra.

Como lo traté de hacer una vez para escapar, sin poder hacerlo, ahora monté apresurado en mi caballo y me perdí en el monte del caño.

Fue el último día que vi a mi madre, despidiéndome con sus lágrimas y agitando los brazos. No supe de ella más nunca.



Era baqueano en esas soledades de tanta sabana que opacan la vista y por travesías encontré el camino que andaba buscando.

Buscando esa patria de los hambrientos de Cartagena y de los oficiales patriotas fusilados en la explanada de la fortaleza. A quienes vi poniéndole el pecho a las descargas, dando vivas a Bolívar.

Ese día desde la altura de aquella explanada, miré el mar cercano y sentí un profundo remordimiento de no haber encontrado ese país por el que aquellos hombres morían contentos.»

Blanca

## Capítulo III

Parecía que al cesar la tormenta en el cielo embrumado de Salta, se le adelantara el tiempo antes de llegar a la muerte, impidiéndole recordar todo el acontecer de su existencia.

«José Antonio Páez, tan llanero como yo, catire malamañoso, descalzo y de pantalones tucos. Jefe de los llaneros de Apure.

Al toparme con él, su mirada de águila, tan de águila como la de Boves, descubrió al nomás verme, que yo venía del ejército realista.

–No importa de donde vengas, casi todos ustedes me están llegando y yo los recibo en nombre de la libertad–, me dijo, con un dejo de simpatía en la voz.

Y de una vez, sin otro comentario, me hizo cambiar de remonta por un ruano apureño de buen paso y buena medra.

Por eso para mí no fue sorpresa el encontrarme en su caballería, a muchos compañeros boveros de la Legión Infernal. Entre ellos, el Zambo Palomo quien al no más verme, me dijo de una vez:— Compañero, nos unimos de nuevo, vamos a ver si ahora nos encontramos con la verdad—.

Como me vieron experiencia de lancero, al poco tiempo era capitán con la palabra patriota tan ajena para mí, palpitándome en la sien. Pues como sabía leer y escribir me fui enterando de las ideas libertarias por *El Correo del Orinoco* que venía desde Angostura enviado por Bolívar. Lo que me fue abriendo el pensamiento de amor por mi país y rechazo a esos realistas y españoles maturrangos, fachosos, repugnantes, del ejército de Morillo que desde entonces debía enfrentar.

Y de pronto, capitán de Caballería, granadero montado bajo las órdenes del coronel Felipe Braun, instructor de prácticas europeas, de cuando fue coracero en las tropas del Emperador de Austria.

Compañero del capitán José María Pulido, el del Escuadrón de los Bayos. Cien caballos bayos cabos negros, escogidos en los hatajos de Apure y Arauca donde había tanta bestia por amansar. Caprichos de este capitán, lancero de Queseras del Medio.»

Y se le iba el recuerdo hacia las sabanas de Mucuritas, donde volvió a encontrarse con los húsares de Morillo, uniformados de verde y verdes morriones ribeteados de

amarillo. Parecían una bandada de loros reales en aquella inmensidad.

«Catorce cargas les dimos tendidos en el costillar, ese día feliz en que mi lanza lengua e vaca, cimbreante en mi brazo, ensartaba pechos españoles entre tolvaneras de polvo y ceniza del incendio de los pajonales.

Yo con mi escuadrón de caballos zainos y a mi lado, José María Pulido, con sus bayos de jinetes barineses.

Ese mediodía pude ver cuando los húsares españoles tenían, en la confusión, rodeado a Rafael Urdaneta, y también vi al Escuadrón de los Bayos, arremetiendo contra ellos para salvar al coronel, quien quedó tan agradecido de Pulido, que allí mismo le regaló el sable toledano que había traído de Bogotá.

A mi lado, silencioso, lanza en mano, cruzada sobre el morro de la silla el Zambo Palomo quien había puesto en mí todo el cariño que tenía a José Tomás Boves, por quien lo vi llorar en Urica.

Conmigo, el coronel José Laurencio Silva, jinete tinaquero, valiente y amigo mío desde el primer momento.

Moreno, de buen hablar, bondadoso y muy querido del general Bolívar quien le echó el ojo al nomás conocerlo en Cañafístola, donde llegó para entrevistarse con Páez y ponerlo bajo sus órdenes.

Nunca podré olvidar la cara de orgullo de Silva al llegar ante Páez, batiendo en la brisa del Apure la bandera que le arrebató al Batallón Burgos.

En los playones del río, montábamos nuestros campamentos donde las mujeres de la emigración granadina y barinesa, entre ellas doña Dominga Ortiz, esposa del general Páez en los ranchos nos preparaban las comidas con los pescados de los remansos, las reses que destazábamos y las verduras que nos traían los vegueros de sus conucos de las islas.»

Apure raudaloso, de aguas barcinas, chiflones traicioneros, poblado de caimanes, tembladores, caribes y rayas que al pisarlas, penetraban con sus lancetas los corvejones de los caballos y las pezuñas de las reses.

Peces de ribazones plateadas en las tarrayas de los pescadores y toninas perseguidoras del llanto de los niños.

Pero lo más importante eran los hospitales de sangre que allí montaban los médicos ingleses, legionarios de rojas casacas que tanto llamaban la atención de los llaneros.

«En el campamento de Apurito conocí a Margarita Pavón, una muchacha granadina que me curaba una herida en el brazo, al ponérselo de escudo a la bayoneta de un húsar de Morillo.

Me curaba a diario y eso debe haber evitado la gangrena que era tan frecuente. Así se me iba pasando el miedo a las amputaciones de los cirujanos; dos despiadados irlandeses que cortaban brazos y piernas con sus hojas aceradas, a sangre fría y en minutos, sin dar tiempo al desmayo. Margarita Pavón, de quien me enamoré de verdad con la esperanza de que ganáramos pronto esa guerra para casarme con ella y llevármela para mi pueblo. Que me diera un hijo a quien sacar de paseo en las tardes por la plaza, cultivar con ella una sementera, ordeñar cada mañana vacas de rosadas ubres, criar un patio de gallinas y un gallo que con su canto nos despertara en los amaneceres. Vivir, simplemente vivir, la existencia apacible de los pueblos».

Qué distante estaba de la realidad que le esperaba, sin ni siquiera sospechar su futuro, mientras meditaba en aquel rancho empalmado de los convalecientes.

Cuidado por aquella muchacha, blanca, delicada, hermosa, recién bañada, de cuerpo sensual y labios pulposos.

«Sin embargo, existía el peligro de mi brazo hinchado, la fiebre quemante, los delirios de mi imaginación fantasiosa.

Ante aquella mujer que calmaba mi dolor en las noches, trayéndome extraños bebedizos, alumbrada como un ángel por una vela encendida en una palmatoria cubierta de esperma.

Y en el aire, un olor a remedios, a yodo, a hojas medicinales quemadas en el rincón del aposento.

Al mejorar, gracias a sus cuidados, la noticia cierta de que mi guerra continuaba sin vestigios de paz tuve que abandonarla y me marché, siguiendo órdenes inevitables con mi escuadrón a sabana abierta, camino de Guasqualito.

Pero la noche de mi despedida, estando de guardia en las lanchas cañoneras, donde nos veíamos siempre bajo la luna clara y el arrullo del río, debo haberle sembrado la semilla de mi ser. La única ilusión que me llevé, de por lo menos dejar en tierra venezolana que no volveré a ver más nunca, un hijo de mi sangre.»



## Capítulo IV

«Después, comenzaron los rumores de Angostura y su Congreso que fundó a Colombia, la idea grandiosa de Bolívar. Y más tarde, los preparativos secretos de una marcha lejana que nosotros no sabíamos para dónde.

Mientras las infanterías y caballerías eran movilizadas desde todo el llano.

En bongos artillados, en canoas deslizantes por el lomo de los ríos, por sabanas y bosques tupidos, veredas y caminos, rumbo hacia el Arauca.

Sabanas y sabanas, bajumbales inundados, barinales espinozos, ríos y cañadas crecidas en plenos aguaceros de junio.

Escasos de vituallas, cansados de comer carne simple de toro flaco y a tanto llegó la falta de sal, que colocábamos como sudadero la carne tasajeada en colchas para que se salara con el sudor de los caballos.

Sol encendido, chubascos y chubascos interminables, de Mantecal en adelante.

Atravesamos bosques de pueblos de cedros, caobos y carabalís, oscuros, sombríos, donde se nos esgaritaban las reses que arreábamos para bastimento, asustadas por el ronquido de los tigres.

Veredas estrechas pobladas de bucares que con sus flores rojas esteraban el suelo; olor a vainilla de los vainillales y a mortecina de los animales flacos que se quedaban atascados. Y de nuevo, sabana y sabana hasta que llegamos a Guasualito.»

Guasualito, con sus calles largas; casitas empalmadas, solares olorosos a resedá; gente amable que salió a recibirlos.

«Allí, al ver que estaban encasquillando la caballada comprendimos que ahora íbamos a seguir por tierras pedregosas.

Sabiendo que iría lejos, con un compañero que regresaba a los campamentos de Páez, le envié una carta de despedida a Margarita Pavón, pidiéndole que me esperara, espera donde no me volvió a ver en su vida, porque yo ya estoy muerto.

Tal como lo pensé, esa tarde había llegado el Libertador. De pie y siempre con su blanco sombrero alón, nos arengó en la plazoleta donde nos reunimos en formación.

Con su aguda voz, aquel hombre delgadito, de baja estatura, como si con la palabra se agigantara, nos dijo que la libertad de América estaba en nuestras manos y terminó pidiéndonos sacrificios, entereza y valor para lo que comenzaría al amanecer.

Y con mi montura herrada, me preparé a cumplir con la invasión a Nueva Granada.

¡Dios Santo, qué diferente ese amanecer al que esta noche me espera, a tantas leguas de distancia!

Cruzamos el Arauca en chalanas improvisadas. La caballería nadando y nosotros agarrados a sus colas. Alertas al caimán, al temblador y al caribe.

Y al pisar en playón contrario, comenzamos el paso de los Andes.

Otra vez sol y sabana lluviosa, a trote lento para no cansar las bestias en ese largo trecho de llanura araucana y casanareña, en hilera de sueños.

Hasta que varios días después, llegamos a Tame en el piedemonte andino, donde nos esperaba el general Santander y su vanguardia de soldados granadinos recibiéndonos como hermanos.

Son visiones que llegan, iluminándome el pensamiento. Luces que me hacen mantenerme despierto en este calabozo de condenados.

Santander, alto, elegante, presumido bajo su bigote afilado en su rostro blanco, a la entrada de Tame saludando con apostura militar y el abrazo de amigo, a mi general Bolívar.

Tame, desde donde se divisa en lejanía, durante mañanas sin nubes, las alturas de Pisba y la Sierra del Cocuy.

Parecíamos sonámbulos, al mirar fascinados las alturas que nos aguardaban.

Al día siguiente, bien avituallados y bien comidos, comenzamos a subir una serranía en colinas cada vez más elevadas, desde donde al mirar hacia atrás nos verdeaba la llanura verde tierno, verde oscuro, verde pardo, verdes de todos los verdes que tardaríamos mucho tiempo en volver a ver.

El calor se fue esfumando lentamente, en copos de neblina que comenzaron a arroparnos. Una neblina fresca, cada vez más fresca, mientras avanzábamos por el sendero cada vez más pedregoso.

Pedruscos redondos, piedritas menudas, filosas, cortantes, de roca viva, que si no hubiéramos tenido la prevención de herrar las bestias, desde el comienzo habríamos quedado a pie con las monturas aspeadas.

Caballería en cerro no vale nada pues para avanzar en las cargas, necesita piso firme en tierra plana.

Por eso cuidábamos tanto los caballos, porque llanero de a pie tampoco vale nada y sabíamos que al quedar sin ellos, estábamos desamparados, muertos en vida.

Largas y largas jornadas hasta los paraderos que a su paso nos iba dejando la vanguardia granadina. Pasto tierno para la caballada, bueyes y mulas de carga. Carne salpresa y plátanos para nosotros, siempre con hambre que se fue haciendo cada día más hambre, en la marcha en ascenso y la angustia de lo inesperado.

Comenzó también a aumentar el frío, que a los llaneros nos molesta tanto. Frío que nos hacía temblar el cuerpo, amodorrar el alma y perder la noción del tiempo, sin que todavía hubiéramos llegado a lo más alto del páramo de picos azules, coronados de blanco. La nieve que topamos al seguir camino, con su blancura de escarcha que nos enrojecía la cara, cuarteaba los labios y cuajaba las lágrimas de los ojos irritados y llorosos.

Una lluvia de nieve, lacerante, cegadora, haciéndose más intensa en cada cumbre empenachada de frío.

Frío que entumecía a los emparamados de soroche que desmayados, debíamos azotar para salvarlos de la muerte, al hacerles circular su sangre arremansada y despertarlos del pasmo de miedo.

Miles y miles de piojos bajo las ropas chupándonos la sangre y dejándonos cubiertos de rosetones el cuerpo.

Con la orden de no espulgarlos, porque mantenían el calor en la marcha.

Horror de cadáveres congelados como estatuas de hielo, al haberse quedado tanta gente detrás de la vanguardia, agotados de cansancio. Muñecos trágicos en los recodos de la trocha que incrementaban el pánico de que nos sucediera lo mismo.

Y aquel hombrecito Bolívar con su voz ronca de pronto, animándonos sin cesar, pues sabía muy bien que su constante palabra era el centellazo que nos salvaba del desaliento.

Caballos trozados, bueyes carreteros despeñados con sus carretas de bastimentos, rebuzno de mulas, relincho de caballos y la voz de Bolívar expandida por el viento, retumbante en los cangilones amurallados de peñascos.

Después fue Gámeza, escaramuzas y retirada a tiempo; más tarde, Pantano de Vargas, un lodazal resbalozo, aguas estancadas, pútridas, y como una exhalación, mi coronel Rondón y sus catorce lanceros, ganando la victoria.

Parecían catorce luces, catorce cirios, el filo acerado de sus lanzas.

Traían prisionero al general Barreiro, el jefe español de su ejército, cabizbajo, derrotado, en procesión ante Bolívar que impávido los miraba acercarse.

Después, en el Sur, supimos que al marcharse Bolívar con nosotros, Santander lo había fusilado en la plaza Mayor de Bogotá, junto con todos sus oficiales presos, en venganza por los fusilamientos de Morillo en Bogotá y Cartagena de Indias.

No olvidaré nunca el gesto, en mi presencia, del coronel inglés Jaime Rook, mientras se desangraba en el momento en que el médico le amputaba el brazo destrozado por un balazo.

Tomando con la otra mano su despojo, gritó:— ¡Viva la patria! ¿Cuál patria? —le preguntamos—.

—En la que enterrarán mis huesos— contestó agonizante.

Luego, un puente angosto y torcido sobre un río de aguas grises, y nuestra caballería en alas envolventes sobre el ejército español en derrota.

—Ésta la ganamos ¡carajo!— me gritó de lejos el paisano Leonardo Infante, mientras mi coronel Lucas Carvajal arremetía con los suyos sobre el puente.

Y ocupando el puente, impidiendo el paso de los realistas, la vanguardia de Santander quien se acercaba al galope, ante el Libertador, anunciándole que Boyacá era nuestro.

Fue una batalla rápida donde a pesar de tantos muertos en el ensañamiento del combate, dirigido por la infantería descalza de mi general Anzoátegui, el triunfo fue glorioso.»

Eran destellos de ensoñación que en instantes, juntaban recuerdos en chispazos de tiempo. Nada sucede más rápido que en los sueños, antes de que, con la misma rapidez se los lleve el olvido.

«Entramos a Bogotá amaneciendo, lloviznaba en garúa helada. Nunca había visto una ciudad tan bella. Las calles trazadas a cuerda, desde donde se divisaba la sabana enneblinada, primera sabana tendida que veía desde el Tame. Por eso me llegó la nostalgia de mis bancales guariqueños, en esos momentos de alegría infinita.

En la plaza Mayor, estaba Bolívar de a caballo, sin el sombrero blanco. De uniforme grana manchado de tizne y desgarrado, usando una gorra de artillero. Había llegado adelante y al apearse del caballo subió al balcón del Palacio de los Virreyes.

Abajo, llegaban los señores bogotanos para aplaudirlo, jinetes en sus mejores bestias.

La caballada más hermosa que habían visto mis ojos. Gordos, pasitroteros de raza andaluza, enjaezados de lujo y monturas adornadas de plata.



Nuestro escuadrón lo miraba embelesado, al escuchar la orden de mi coronel Lucas Carvajal: –Ensillen esos y desensillen los nuestros–, señalándolos con una sonrisa pícaro.

Con la rapidez del relámpago cumplimos la orden, dejando la plaza esterada de finas sillas bogotanas. Y salimos calle abajo, en tan hermosos caballos ensillados ahora con los tereques apureños.

Por las calles corrían barajustados nuestros mochos cansados y flacos, desperdigados y sin rumbo.

Nosotros, todos hacia Honda en persecución del virrey Sámano que escapó al nomás tener noticia de su derrota.»

Blanca

## Capítulo V

Todo un acontecer de fantasía y vida de un hombre que antes de morir se estaba muriendo, en evocaciones que aparecían y desaparecían en la noche tenebrosa de Salta.

Por su mente enfebrecida pasó Bomboná; la remembranza de la batalla en el ruido torrencioso del río Guaitera, que impedía cruzarlo por sus remolinos invadiables.

Agua abajo, hasta divisar el ejército de Basilio García, esperándolos en las lomas de Cariaco, las posiciones inexpugnables de Bomboná.

«Avanzaron los batallones patriotas y pude ver a mi coronel Pedro León Torres, caer de bruces, atravesado por un balazo mortal.

Tronaba la artillería enemiga y delante de ella fueron cayendo uno a uno los comandantes colombianos.

Solo se salvó el comandante José Ignacio Pulido, mi amigo y hermano de José María, el capitán del Batallón de los Bayos de Apure, donde guerreamos juntos. Nunca olvidaré su cara de pena cuando el año 17, en Angostura, le leía la sentencia de muerte a mi general Piar, por orden del Consejo de Guerra que lo condenó.

Mi coronel Leonardo Infante no pudo actuar porque tenía una pierna herida, en un encuentro previo con los indios de Agualongo, fanatizados por los curas realistas de Pasto.

Ah negro guapo y arrojado este Leonardo Infante, decisivo por su valor en el triunfo de Boyacá.

Yo, con los Lanceros de la Guardia, quedé en la reserva, porque la caballería no podía maniobrar en aquel repecho sangriento.

Luchamos seis horas seguidas y al atardecer nuestro comandante Lucas Carvajal, quien atacó de a pie junto con nosotros, también desmontados, al nomás comenzar a subir, fue herido lastimosamente.

Pasamos la noche tirados en el suelo del campo de batalla, rodeados de muertos y heridos agonizantes, de bando y bando.

Al día siguiente, para sorpresa de todos, Basilio García se había retirado, estableciéndose una tregua de un mes, para alegría de Bolívar, pues durante ella llegó un expre-

so con la información del triunfo de Sucre en Pichincha y su entrada a Quito bajo una lluvia de flores fragantes.

Esa mañana tuve el palpito de que no regresaría más a mi tierra, pues por voz del propio Bolívar supimos que seguiríamos adelante, porque apenas iniciábamos la campaña del Sur.

Y como mi batallón de llaneros a caballo era veterano, nos necesitaba más que nunca para libertar al Perú, de serranías y mesetas donde sí podía actuar nuestra caballería.

Caballería ahora arropada por ponchos peruanos, remontada en caballos de la misma tierra, los mejores caballos de América, según escuché decir a un oficial inglés de esa arma.

En el Perú, me encontré con mi compañero de Apure, el coronel José Laurencio Silva, comandante de los Húsares de Colombia, donde fue destinado mi escuadrón.

Nos conocíamos bastante y él sabía lo que valían mis compañeros guariqueños, porque del Guárico eran la mayoría, escogidos por mí mismo.

Muchos de ellos, como el Zambo Palomo, probados desde el año catorce en las tropas boveras.

Tiempo en que todavía ninguno de nosotros tenía idea de lo que era la independencia de España; pensábamos

solamente en luchar contra los amos, instigados por José Tomás Boves.»

De pronto se le apareció en el recuerdo Junín. ¡Carajo! cómo nos lucimos allí para resarcir la patria de nuestras primeras andanzas realistas.

Paralela a la Sierra Negra, donde la altura nos restaba el aire, entre dos cerros, la llanura helada de Junín.

Donde mi general Bolívar con su Estado Mayor de Lamar, O'Higgins, Santa Cruz y Gamarra, marchó para esperar a campo abierto al ejército de Canterac.

El Zambo Palomo al ver los preparativos de una batalla de caballería y arma blanca, se acercó para decirme con un extraño brillo en la mirada: Mi capitán, esta vez nos vengamos de las vainas que nos hicieron pasar los húsares del general Morillo. ¡Como lo hicimos en Mucuritas, mi capitán!

Y se retiró airoso, a incorporarse en sus filas, erecto, espigado en la montura del potrón peruano de bozal.

Ah Zambo vengativo, si lo sabré yo desde el día en mi pueblo cuando ahorcó a don Vicente Blanco para cobrarse los riendazos que este le había propinado en la sabana de su hato.

Sin embargo, con todo su pasado de hombre peligroso, a mi me tenía cariño y trataba de protegerme como si

me hubiera pasado el afecto que a Boves le tenía en otros tiempos.

Ah Zambo Palomo, el que me enseñó por primera vez a matar a sangre fría; quién sabe dónde estará ahora en la Pampa de Buenos Aires, donde me dijeron se había hecho gaucho malo, el más malo de los gauchos.

Batalla de Junín donde desplegamos todas las enseñanzas del coronel Felipe Braun, ese coracero de la caballería austriaca que nos había entrenado en Apure, donde me graduaron de capitán. Junín de viento, nieves, precipicios, un reto a la muerte.

Era casi mediodía, cuando divisamos a los realistas, a paso redoblado, entrando al Valle de la Laguna de los Reyes.

Los esperamos alertas, caracoleando los caballos. Adelante, el coronel Laurencio Silva de capa roja sobre sus hombros, para que le siguiéramos en la confusión del combate.

Por la derecha, los húsares peruanos, al mando del coronel argentino Isidoro Suárez, de capa azul, para que lo distinguieran los suyos. Suárez, el de la célebre carga de caballería, que no se olvidará con el paso del tiempo. Como un celaje, Lucas Carvajal, amenazante.

Fue un remolino terrible, al enfrentarnos con los escuadrones de Canterac.

Delante de nosotros, vi caer al general argentino Necochea, a quien recogimos mal herido de siete sablazos en el cuerpo.

Sin un disparo, en aquel silencio de tarde en ocaso. Solo el tintineo al chocar los sables y el rasgar de las lanzas; relincho de caballos, lamentos y maldiciones enfurecidas en la media lengua de mi general Miller.

La caballería llanera, siempre a la carga y girando en la carrera, como si estuviera huyendo al ternejal; como dicen en Apure, para dar el frente de nuevo, en el ataque lancero indetenible. Junín, lecho de una laguna, donde los caballos se atascaban en lodo de sangre.

De largas lanzas, las riendas atadas en las rodillas, avanzábamos los jinetes dejando las manos libres para mayor precisión del lanzazo».

Reminiscencias donde se le juntaban sus hazañas, tristezas, alegrías y añoranzas.

Permaneció callado, mirando la ventana traspasada de luna del calabozo, al cesar la tormenta en el cielo de Salta.

Sin poder evitarlo, el plenilunio le trajo la imagen iluminada de Margarita Pavón, la noche de la lancha cañonera, en su despedida de amor.

Y de una vez se le confundía con la de Luisa Ibazeta, su esposa salteña que llorosa, lo acompañaría en su fusilamiento.



Sabía que no la vería más y lo inquietaba la incógnita del hijo suyo que llevaba en su vientre y él no conocería jamás.

Todo fugaz en su vida de soldado. Nunca fijo en ninguna parte, para cumplir órdenes indiscutibles de ese general Bolívar y de Facundo Quiroga, ahora su comandante.

Y siguió percibiendo sucesos que había presenciado en momentos trascendentes.

«Grande fue mi impresión al conocer al general Sucre quien en el Perú, fue mi jefe directo.

Delgado, alto, blanco, rígido y exigente en la disciplina del ejército.

Por eso tuve ciertas reservas al incorporarme con mi gente a su campaña peruana. Lanceros poco formales en los días de paz y tan agresivos en los de guerra.»

Y de pronto le llegó la vivencia de Ayacucho, un penacho de gloria: Uniformes multicolores como si fuera una parada militar con la formación vistosa de los batallones, luego de semanas preparando la batalla final contra la flor del ejército español a la vera del Apurímac.

«Habíamos estado tres meses deambulando por aquel paraje helado con asfixias de soroche y los ojos casi ciegos por el surumpi de nieve que irritaba las pupilas.

Afortunadamente, esta vez bien uniformados y provisionados en los puestos que, en cada jornada, Sucre nos había preparado con su vanguardia.

Qué diferencia con aquel paso de los Andes, cuando al agotársenos todo, con los vestidos desgarrados, triunfamos en Boyacá.

Hasta que nos íbamos acercando al terreno escogido para la batalla, abriéndonos paso entre riscos del Condorcanqui, picachos, precipicios y viento batiente sobre los rostros.

Expuestos a una sorpresa, como la que recibió mi general Lara y Trinidad Morán y su infantería, en los farallones de Corpahuaico.

Y por fin, con un solecito pálido, apareció la Quinua de Ayacucho, el Rincón de los Muertos. Una planicie corta, a miles de metros de altura, donde se extendieron nuestros batallones.

Allí acampamos para dormir esa noche, arropados con nuestros ponchos. Hubo fanfarrias de tambores, flautas y clarinetes, ordenadas por Córdova para amedrentar al enemigo que acampaba en la falda de los cerros.

Muy de mañana, otra vez formación para comenzar el enfrentamiento, mientras el enemigo descendía por el piedemonte amarillento del Condorcanqui.

*Ay Cumaná quién te viera  
en otro amanecer.  
Ay Cumaná quién te viera  
en misa de Santa Inés*

La copla de un soldado cumanés de voz fina y destemplada, en el silencio del Rincón de los Muertos.

Sucre la escuchó sereno, sonriente, buscándolo con su catalejo en las filas distantes.

Y comenzó la batalla, con Córdova desafiante en medio del campo, sable en mano, encontrándose con Rubín de Celis, a quien dejó tendido en la tundra. —¡A paso de vencedores!, ¡carajo!— gritaba enardecido.

Allá arriba, el virrey Laserna, dirigiendo las operaciones de sus generales, al agitar su sombrero azuloso y en medialuna, adornado por una cinta amarilla y carmesí, los colores de Fernando Séptimo.

Nosotros, pendientes de la caballería de Canterac, que debíamos enfrentar en campo tan corto.

Fue una batalla sangrienta, donde nuestra caballería, de Miller y Lucas Carvajal, le costó bastante actuar y rematar la contienda acorralando las divisiones realistas derrotadas y prisioneras.

Vi cuando traían preso al virrey Laserna, gordo, viejo, cansado y herido en una mano; también a sus oficia-

les, últimos representantes del Imperio, ante mi general Sucre quien los recibió con cortesía y su caballerosidad de siempre.»

Ceremonia de reunión bajo la niebla y una llovizna fina y densa. La misma garúa que se derramó en aguacero sobre el Cuzco cuando en 1781, el virrey Jáuregui del Perú, hizo descuartizar por los tirones de cuatro caballos ariscos, atados a sus miembros, a Tupac Amarú, el último descendiente de los emperadores incas alzado en rebelión contra España.

## Capítulo VI

Se hizo un vacío en la memoria atormentada de Domingo López Matute, mientras coordinaba sus ideas de lo que sucedió después.

El recuerdo de su regreso a Lima, después de Ayacucho, con la esperanza de volver a Venezuela con sus granaderos de la guardia, pensando que la guerra había terminado.

Sus famosos granaderos entrenados desde el Apure, por el coronel Felipe Braun, con una disciplina tan precisa, que cualquiera de esos lanceros podía comandar a los otros en las evoluciones del arte de la guerra.

Pero era un cuerpo de guerreros tan veterano y famoso que el general Córdova, jefe de toda la división y los coroneles Braun y O'Connor se opusieron a licenciarlos porque les era indispensable en las revueltas de Perú y Bolivia, como vencedores siempre.

Por eso tuvieron que someterse a las estrictas órdenes del mariscal Sucre, de ser enviados al Alto Perú, donde había sido nombrado presidente.

Otra vez a subir y subir en el frío, hasta el altiplano de América de miles de metros de altura, más allá del Desaguadero.

Caballería herrada, a pasitrote lento por la tundra cubierta de frailejones aterciopelados, caballos de campaña, altos, fuertes, resistentes a las alturas.

Leguas y leguas de cansancio hasta La Paz, Chuquisaca y Cochabamba. Ayuda del pisco ardoroso para calmar el frío y hojas de coca masticadas, para engañar el hambre y calmar la fatiga, algo a lo que no se habían acostumbrado nunca.

Acuartelados en Cochabamba, los ciento setenta granaderos. Un cuartel oscuro, húmedo, donde el tibio sol no calentaba los aposentos. A ración de chilcán de maíz y carne de vicuña.

Un verdadero castigo para aquellos hombres nacidos en sabanas abiertas, de sol encandelado y refulgente.

Le entristecía la saudade al capitán López Matute añoraba a Guardatinajas donde aprendió el trabajo del llanero desde cuando era niño.

De caballo, sogas y lazo relancino sobre las cornamentas de las cimarroneras del ható de Vicente Blanco, el que en su presencia, por orden de Boves, ahorcó el Zambo Palomo, para vengar agravios.

Hato donde la ley del buen enlazador era la vieja copla errante: «La sogas que se revienta, corriendo mismo se empata». Al enlazar una res antes de que, en el escape, llegara al monte.

Similar al hilo de su vida, reventado por terribles circunstancias, sin poder empatarlo nunca, ante la inminencia de su muerte.

Les había molestado también, desde el comienzo de la Campaña del Sur, el paisaje tan diferente; la renuencia de los peruanos para aceptar la independencia; la altivez de sus gobernantes y el carácter despótico de los oficiales ingleses y europeos que acompañaban a Bolívar y a Sucre con mando de tropas; y también la actitud distanciante de los peruanos con el ejército de Colombia.

«Ah gente goda y desagradecida, cuando los colombianos les estábamos dando una patria.

Bajo el mando del coronel Felipe Braun nos entendíamos bien porque creía en nosotros después de tanto tiempo haber sido nuestro instructor; pero cuando tuvimos como superior inmediato al coronel irlandés Burdet O'Connor, las cosas cambiaron por su tendencia a mirar mal a los morenos y favorecer a los blancos.

Y en Cochabamba, del cuartel al patrullaje para mantener el orden, cada vez que se rebelaba alguno de los jefes descontentos.

Y al mismo tiempo, perseguir al general Olañeta, desconocedor de la capitulación de Ayacucho y alzado en armas contra la república.

Así se fue agravando nuestro descontento y se hicieron más frecuentes nuestras peticiones de baja y repatriación a Venezuela.

Hasta que llegó el momento de los ascensos y a mí me retardaron siendo oficial más antiguo que el teniente Segovia, blanco y protegido del coronel Burdet, íntimo amigo del mariscal Sucre y discriminador de los morenos.

Grande fue mi desencanto y resentimiento, con el apoyo de mis compañeros, pues nos unía la hermandad de triunfadores en catorce años de guerra contra España.

Así lo escribí en un documento que le dejé a mis jefes, la noche cuando tomamos la decisión de desertar a tierra argentina.

Rechazo a las arbitrariedades de los oficiales superiores, a la camarilla goda de antiguos realistas, oportunistas, patrioterros, que rodeaba al mariscal Sucre.

No estamos de acuerdo con que luego de habernos liberado del imperio español, continuara en América la esclavitud.



Tampoco estábamos de acuerdo con la Constitución de Bolivia que establecía un presidente vitalicio.

Queríamos entendernos con mi general Bolívar, quien con su generosidad, concedor de nuestra valentía y patriotismo, tal vez pudiera comprendernos mejor.

Finalmente, insistíamos en nuestra repatriación y expusimos la queja de no ser escuchados por nuestros superiores, llevándonos a la decisión desesperada de la desertión.

El jefe de la división, mi general José María Córdova, el de las célebres cargas de Ayacucho, un catire buenmozo, valiente y presumido en el vestir, imperioso en el mandar, era difícil que nos comprendiera por su engrimiento y mal carácter.

Varias veces hablé con él pues nos conocimos, desde cuando era teniente de infantería en la campaña de Apure.

Ni siquiera me hizo caso, en el endiosamiento de su fama.

Mi coronel Felipe Braun, a quien le debíamos tanto en nuestra formación de verdaderos granaderos, tenía poco que ofrecernos con su rígido carácter, estrictamente militar.

Y mi coronel Francisco Burdet O'Connor tampoco, pues ya sabíamos de sus prejuicios.

Por eso a media noche un día de noviembre de 1826, al salir de patrulla en nuestros caballos de campaña, no lo dudamos más y tomamos las veredas extraviadas de Oruro. Ni siquiera nuestro coronel Braun, quien logró alcanzarnos al amanecer, pudo detenernos en una decisión que no podíamos echar para atrás, sabiendo las consecuencias que nos esperaban, al acusarnos de traición».

## Capítulo VII

Cuando el coronel Burdet O'Connor le escribe al mariscal Sucre dos cartas participándole la sublevación de los granaderos venezolanos, Sucre le contesta el 22 de noviembre de 1826:

Mi querido coronel y amigo:

*El último correo, llegado ayer, me ha traído las dos cartas de Usted del 3 y 9 del corriente.*

*El 19 escribí a Usted previniéndole del alboroto sucedido en Cochabamba con los Granaderos de Colombia.*

*En consecuencia, le ordené que viniera a ponerse a la cabeza de las tropas que están en Tupiza, para tomar todas las medidas necesarias y así contener el mal.*

*Lo mismo le informé a Galindo en el Potosí y el mismo 19, marchó Córdova sobre los amotinados sin que hasta ahora tenga noticias de él.*

*Como lo que se necesita para enfrentarlos es tropa de caballería lancera para salirles al encuentro en despojado, si no tiene gente de a caballo, puede hacer montar partidas de infantería, de veinticinco hombres cada una, y situarlas en los pasos principales.*

*Además, ha salido hoy Andrade con dos compañías de Voltígeros.*

*Es necesario colocar vigías en todas direcciones, para saber qué ruta toma Matute.*

*El coronel Galindo tiene orden de pagar todos los gastos.*

*Además, ofrezca Usted 25 pesos por cada soldado de los amotinados, que los paisanos le presenten.*

*Especialmente, haga que estén alertas a sus desmanes y retire todos los caballos y mulas por donde ellos puedan pasar pues como usted sabe, llanero a pie no puede hacer nada.*

*Vaya recogiendo los que vayan quedando dispersos y llévelos a Tupiza y todo amotinado que aprehenda, en cualquier número que sea, lo hará fusilar en presencia de la tropa.*

*Todos deben ser juzgados como culpables, traidores, sediciosos y amotinados por el hecho de abandonar sus banderas y pasarse a otro país.*

*Acabaré recordándole sus deberes y reafirmando mi amistad, confiado en su diligencia para impedir que uno solo de esos malvados, llegue a Salta.*

*Su buen amigo y afectísimo servidor.*

Sucre.

Al comienzo de la sublevación le dice el mariscal:

*Chuquisaca 7 de Diciembre de 1826.*

*Parece que hemos escogido buen tiempo para impedir el paso de los granaderos sublevados.*

*Espero que no pasará el 9, día de Ayacucho, sin haber usted conseguido su triunfo.*

*El Ejército Libertador deberá a usted un inmediato servicio al, impedir la mancha que caerá sobre él si esos rebeldes consuman su traición.*

*Como el día de Ayacucho debe ser buen día, espero que no suceda esto, pues lo pasaré con la tristeza que tengo por ese motín de granaderos tan valientes y probados en la guerra, de repente traidores a sus propias banderas.*

Sucre.

Eran solo esperanzas románticas del Mariscal, en los momentos cuando comenzaba la anarquía y la disolución de sus sueños libertarios y de unión, como lo predicaba el Libertador.

«Yo estaba en Tarija»,– escribe el coronel O’Connor, en su libro *Recuerdo de un irlandés con Bolívar*. «Allí recibí la orden del Presidente Sucre de escoger doscientos hombres del Batallón Bogotá, dividirlos en pelotones de 25 hombres y colocarlos en las avenidas que se comunicaban con la frontera argentina, para donde se dirigían los desertores. Córdova, debía ir hacia la costa con el mismo propósito.

*Yo era el escogido por ser conocedor de esos parajes y que para tal efecto me apoyara con León Galindo, Gobernador de Potosí.*

*Además estaba autorizado para fusilar a los desertores y enviar bien asegurado hasta Chuquisaca, al Capitán López Matute, quien había estado recientemente en Lima y debía informar quienes eran sus cómplices en la subversión.*

*Cumpliendo la orden, con mis veinticinco soldados me dirigí a La Rinconada de Salta, con la ayuda de dieciséis indios baquianos bien apertrechados de coca y carne salada, el charqui, la carne molida indispensable para largas caminatas en aquellos sitios tan inhóspitos.*

*Cada uno de ellos, con la misión de informarme si divisaban granaderos de uniforme a caballo y cual era su rumbo, que yo debía seguir. Fui avanzando con precaución y pasando por el abra de Calahoyo, que divide a Argentina de Bolivia, enfilé hasta Rosario de Lerma un pueblecito donde se trabaja el oro y es muy hermoso, dentro de tanta soledad y aridez.*

*Al llegar, me alojé en casa de la señora Valdivieso, desde donde mandé a llamar a mi baquiano de confianza, Fermín Torres; con quien, en unión de sus tres indios compañeros, comencé mi búsqueda con mayor precisión.*

*Él siguió adelante hasta Zapaleri, un potrero muy pastoso donde comen hasta saciarse las bestias hambrientas que por allí cruzan.*

*Mientras yo, con mis veinticinco soldados, permanecí en Rosario en espera de sus noticias, porque de los primeros indios enviados, no volví a saber más.*

*Llegó a Rosario el Coronel Medinaceli, enviado por Sucre para auxiliarme y también el edecán Antonio Reflojo con otra carta del Mariscal, donde me decía que podía perdonar a los fugados, por tener grandes méritos, si se integraban de nuevo a su ejército.*

*Al fin en la madrugada del 6 de Diciembre de 1826, regresó Fermín Torres informándome que tenía localizado a López Matute y sus granaderos.*

*Monté de inmediato y para estimular mis soldados, les dije que los desertores habían saqueado las iglesias en su tránsito y llevaban cargas de plata, que serían de ellos al derrotarlos.*

*Pero no contaba en ese momento con la habilidad y arrojo de López Matute, pues era él quien venía a encontrarse conmigo presentando batalla.*

*Cuando salimos a la plazoleta me di cuenta de que la casa de la señora Valdivieso estaba inmediata por el fondo, a una bocamina y el paso junto a ésta, muy angosto, por cierto, era el único camino para llegar a la población.*

*Coloqué un centinela detrás de la pared del cementerio y otros soldados en la cueva y regresé a la placita.*

*A la salida del pueblecito, dejé cinco soldados y un sargento, en espera del enemigo, que bastante conocía.*

*Con mis ayudantes, me coloqué en una alturita distribuyendo en las cercanías cinco soldados más y el corneta de aviso en estas circunstancias.*

*A ese tiempo, el sol estaba apareciendo sobre la serranía y en la bocamina en donde yo estaba, como era elevada, pude distinguir a López Matute subiendo una quebrada para entrar al pueblo, seguido de todos sus granaderos, jinetes en sus caballos de campaña.*



*Guardamos silencio, en la emboscada que le habíamos preparado por el paso angosto de la casa de la señora Valdivieso y antes de llegar a la calle, oímos el grito de alerta de uno de los suyos: ¡Mi comandante, aquí hay gente!*

*Reconózcalos, ordenó López Matute.*

*Y en ese momento escuchamos un disparo. El de uno de los soldados míos que desde la bocamina había sido visto, al asomarse por la curiosidad de ver al enemigo.*

*Y en lo que el cabo que venía a hacer el reconocimiento se acercó, le disparó, bajándolo del caballo.*

*Dieron todos media vuelta y marcharon en buen orden, con el comandante cubriendo la retaguardia, con cargas y cargas lanceras.*

*Mandé tocar la corneta ordenando reunión por la derecha y por la izquierda, para hacerles creer que estaban cercados por mayores fuerzas, pero ni siquiera me hicieron caso.*

*No pudimos alcanzarlos en nuestras malas mulas, lo que nos costó la muerte de varios de los míos, cada vez que nos atacaban al comenzar nuestra persecución en un solo cuerpo. Éramos veinticinco contra ciento setenta soldados experimentados.*

*En la playa de una quebrada me hice escuchar a gritos por López, mostrándole, de lejos, la última carta del Mariscal Sucre que me había traído su edecán Reflojos. Asegurándole que tenía facultades para todo.*

*Me contestó con un grito de desvergüenza grosera, y se perdió en el cauce raudalozo.*

*Dejé a Medinaceli en la retaguardia y seguí por el playón hasta que solo, al subir un repecho, me encontré frente a una amplia planicie, donde estaban reunidos y desmontados los granaderos.*

*Me acerqué un poco más a Matute quien se me vino encima en su caballo y sacando mi espada lo desafié a duelo, para terminar con aquella situación tan embarazosa.*

*En vez de aceptar mi invitación, me hizo perseguir por dos de sus granaderos, logrando salvar mi vida por la velocidad de mi mula. Me detuve en el sitio donde había dejado al Coronel Medinaceli con su gente y, estando allí, miramos hacia arriba y vimos a los Granaderos de La Guardia, desafiándonos y disparándonos con las carabinas largas de mis doce soldados muertos, a los que habían desvalijado de todo lo que tenían encima, y también con sus carabinas ligeras de caballería.*

*Me retiré a Rosario, viendo que era imposible, en nuestras malas mulas, perseguir a un enemigo experto, montado en caballos escogidos.*

*Ellos prosiguieron saqueando pueblos y de una vez, enfilaron hacia Salta.*

*Yo regresé a Tupiza y, la misma tarde en que llegamos de la Rinconada, se apareció el Capitán José Escolástico Andrade con doscientos hombres del Batallón Voltígeros de La Guardia de Colombia, enviado por Sucre para reforzarnos y remplazar a los doscientos del Batallón Bogotá, acantonados en Tupiza.*

*Quién sabe si yo hubiera podido apresar a López Maturte, si no hubiese dividido esas fuerzas, pero esas eran las órdenes del Mariscal y había que cumplirlas. Así es la milicia y en la guerra no se discuten tácticas.»*

Blanca

## Capítulo VIII

«Éramos ciento setenta llaneros venezolanos, dispuestos a todo, por eso vencimos al coronel O'Connor a quien le adivinamos su táctica persecutoria.

Desde las veredas extraviadas de Oruro, ocultándonos en los bosques, hasta Calahoyo, la frontera argentina tan esperada.

Dejamos detrás Bolivia con su Potosí de riqueza incommensurable que con la plata de su cerro, tanta bonanza le dió a España y tanto indio esclavo le entregó su vida.

Solo guardo visiones de esos sucesos tan decisivos en nuestras vidas, pero sobre todo el alivio que sentimos al continuar bajando del altiplano por entre pueblos de blancos y aldeas quechuas y aymaras que nos protegían gustosos, porque nosotros a los indios los respetábamos.

Siempre alertas, con la vista alegre cuando comenzamos a cruzar esos vallecitos de trébol; verdes, entre ári-

das serranías cada vez más bajas, cubiertos de yerba melao que ramoneaban los caballos al olfatear su dulzor. De jarillas, iros y alfalfa en los cangilones.

Siempre extraviando caminos, para no dejar rastros delatores en aquella puna de cielo y estrellas temblorosas de nieve.

Ni una huella, ni un resto de fogón en los campamentos, ni una rama quebrada que pudiera orientar a los rastreadores quechuas, los más hábiles de Bolivia.

Salvando cuestras, bordeando laderas, bajo un cendal de cierzo helado que se hacía ventarrón.

Silencio de penumbra al atardecer, arrullado por el canto de la paloma montañera, acompasado y triste.

Centinelas dispersos en las copas de los árboles, ojo avizor de quien pudiera avistarse en lejanía.

Noches inquietas de insomnio con el remordimiento recóndito en la conciencia, por haber abandonado un ejército que tanta gloria nos había dado.

Pero se nos elevaba el ánimo al imaginarnos embarcados en Buenos Aires, después de cruzar toda Argentina, rumbo a Venezuela.

Hasta que como bendiciones de Dios, luego de cruzar la frontera, entramos en territorio del Jujuy de suaves colinas de piedemonte y sabana.

Sabana que estábamos esperando con tanta ansiedad.

Sabana que después de tanto frío y alturas, se presentaba ante nuestros ojos, cada vez más extensa, al acercarnos a los valles de Salta.

Cruzamos ríos, arroyos, fangales, bajíos, repechos, cerros, aguasales bajo la lluvia. Todo un mundo nuevo, donde nos sumergimos en pastizales espigados que nos hacían sentir en tierra propia.

Fue entonces cuando escuchamos el galope de caballos que se acercaban y nos detuvimos a presentar batalla. Al darnos cuenta de que era otra vez, el coronel O'Connor a quien derrotamos en el Rosario de Lerma, recientemente. Venía con los doscientos soldados del Batallón Voltígeros de la Guardia que había traído el capitán José Escolástico Andrade, en su apoyo, para detenernos.

Por la chaqueta grana de los oficiales ingleses, lo reconocí en la distancia.

Rabioso se veía el Coronel al acercársenos formado en batalla, adelantando ahora, un caballo peruano.

Detrás en cerradas columnas, los soldados del Voltígeros alertándonos a gritos y con insultos, acusándonos de traidores.

Nos abrimos en arco, lanza en ristre y carabina presta, al verlos avanzar al pasitrote.

Y en ese momento, en un relámpago de recuerdos, se me apareció el campo de Queseras del Medio de avances y retiradas para atacar de nuevo. Y siguiendo la táctica de mi general Páez, comenzamos con los ataques consecutivos, hasta derrotarlos en desbandada.

Con dolor por ser la primera vez que luchábamos contra compañeros colombianos, pues el Voltígeros estuvo con nosotros en Boyacá.

Venció nuestra astucia llanera a la disciplina de O'Connor, con sus filas paralelas de lanceros y tiradores.

Mi coronel Burdet O'Connor, debo reconocerlo, era un verdadero militar, al igual que mi coronel Felipe Braun, de la mejor escuela europea.

Ese día me sentí muy orgulloso de haber vencido a un militar de tanta escuela, mientras cabalgábamos con nuestros muertos doblados sobre las sillas.

Hasta que divisamos a Salta, atrayéndonos con la blancura de sus torres en un cielo tan azul.

Y como sabíamos que su gobernador era el general Juan Antonio Álvarez Arenales, nuestro conocido desde cuando lo tratamos en el ejército de San Martín, nos confiamos en su amistad y con banderas blancas de paz, entramos a la ciudad, la bella ciudad argentina que se ganó mi corazón».



## Capítulo IX

«Tal como lo habíamos pensado, el general Álvarez Arenales nos recibió con bondad y comprensión después de escuchar con paciencia los motivos de nuestra fuga de Bolivia.

Nos dio alimentación y cuartel; y el día en que llegó el coronel O'Connor a pedirle su cooperación para nuestra extradición, con carta del mariscal Sucre, Álvarez Arenales se la negó porque eso correspondía al gobierno superior. Además, ya nos había incorporado como soldados regulares del ejército provincial.

Lo que aceptamos, pues en Salta nos curaron los heridos del encuentro con O'Connor y nos ayudaron a sepultar tres de nuestros muertos.

Y Álvarez Arenales fue tan solidario con nosotros que protestó ante el gobierno boliviano, por el paso de sus tropas extranjeras, sin autorización, en territorio argentino.»

A partir de 19 de diciembre de 1826, Salta contaba con un batallón veterano de lanceros venezolanos y muchos otros luchadores en la guerra de Independencia que engrosaron sus filas.

López Matute, aunque desconocedor de la política argentina, dividida entre unitarios y federalistas, sin hacer diferenciación alguna se juntó con los unitarios de Álvarez Arenales, llevado posiblemente por necesidad o ignorancia de recién llegado, desconociendo lo que significaban los unitarios centralistas apoyados por las clases altas de Argentina.

Por eso fue también, por orden de Álvarez Arenales, a incorporarse a las fuerzas del general Gregorio Araoz de la Madrid, gran jefe centralista de Salta, La Rioja y Tucumán, en campaña feroz contra los federalistas de Facundo Quiroga y el Chacho Peñaloza.

Pero Domingo López Matute, como si tuviera en su vida un destino marcado de contradicciones e incertidumbres, mientras bajaba hacia Tucumán con sus soldados, se encontró con Dionisio Puch y José Francisco Gorriti en Pozo Verde; y estos, al explicarle la situación, haciéndose pasar por federalistas, lograron convencer al llanero de que se comprometiera con ellos en la rebelión contra Álvarez Arenales algo que López aceptó, pese al agradecimiento que le debía, pero su pasión política y de aventura era vencedora de escrúpulos. Para encontrarse después que, en la combinación del alzamiento, estaba también La Madrid en Tucumán, para donde lo había man-

dado Arenales a ponerse a su orden, en esa terrible vorágine de rivalidad, desconfianza y ambición de las guerras civiles.

Y lo más grave para sus contradicciones fue cuando en La Chicota se toparon con el coronel Bedoya enviado contra Puch y Gorriti por Arenales, donde la caballería llanera fue decisiva en el triunfo clamoroso.

Al tomarle sus posiciones, donde estaba encerrado en un corral de palo a pique con un cañón en cada esquina, a golpe de lanza y audacia, enlazando los cañones a la cola de los caballos. «Fueron lanceados todos. –Escribe O’Connor–, incluido Bedoya, sin haber escapado nadie más que un soldado sano y otro herido.»

Es interesante ver cómo se disputaban los dos bandos políticos el prestigio, entrenamiento y valor probado de este escuadrón de caballería rodeado por la aureola victoriosa de Ayacucho, aunque fuera desertor de su propio ejército.

Álvarez Arenales, vencido por los rebeldes que se apoderaron del gobierno de Salta, tuvo que escapar y refugiarse en Bolivia, donde murió en 1831.

Domingo López Matute y su gente, cumplió al fin la orden de marchar a Tucumán para servirle a La Madrid, quien impresionado por sus procedimientos, en una entrevista que después tuvo con Sucre, al referirse a los sucesos de este extraño ser, le comentó según O’Connor:

«Presidente, si yo hubiera tenido mil hombres de las condiciones de esos Granaderos de La Guardia, me habría apoderado de Argentina desde hace tiempo.»

Hasta esta altura llegó la fama aventurera y el recelo a sus procedimientos que dejó en Argentina el capitán Domingo López Matute y sus llaneros venezolanos.

«Uno de los encargos que me hizo el Mariscal Sucre fue que le remitieran a Matute vivo para tomarle declaraciones porque creía que desde Lima había traído su plan de insurrección. Afirma Francisco Burdet O'Connor.

Aunque según él, la causa principal de su defacción fue su resentimiento por haberse ascendido a Capitán efectivo al Teniente Graduado Francisco Segovia, un joven alto, blanco y bien parecido, sin tomar en cuenta a Matute, un indio bajito, picado de viruela, siendo Matute más antiguo que Segovia.

Pero en ese tiempo, habiéndose terminado la guerra de La Independencia, tratábamos de mejorar el personal de la oficialidad del Ejército de Colombia que tenía mucha negrería y gente de color.

Otra equivocación que padeció el Mariscal al mandarme las instrucciones para la captura de los granaderos, fue el haberse olvidado que el General Felipe Braun había disciplinado ese escuadrón y no había en él un soldado que no supiera mandarlo en todas sus evoluciones.

Como hicieron en mi presencia, en la plaza de Yungay en 1823. Cuando iba a ver maniobrar a los cuerpos del Ejército Libertador donde Matute había hecho toda su campaña con su escuadrón, sabiéndolo conducir con gran pericia en la marcha.

Por lo que desde cuando salió de Cochabamba, con sus 173 granaderos, no perdió ni un hombre hasta la mañana cuando entró en Rosario, desde Zapeleri, donde hizo fusilar a dos por insubordinación.»

Blanca

## Capítulo X

*Chuquisaca, Diciembre 16 de 1826.*

*Mí estimado Coronel O'Connor:*

*Anteayer llegó Reflojos y me ha informado del mal suceso que ha tenido Usted en el Rosario. Por fortuna no me ha sorprendido porque temí el mal éxito al saber que los granaderos estaban dispuestos a batirse y que Usted había dividido su pequeña fuerza en varias secciones.*

*En fin ya el mal está hecho y consumado la traición de esos malvados, no nos queda más que tomar medidas para prevenir el contagio de su inmoralidad.*

*Afectísimo:*

Sucre.

*Chuquisaca 22 de Diciembre de 1826.*

*Mí querido Coronel:*

*Siento todos los disgustos que ha pasado y no menos que se haya malogrado el golpe para aprender a los granaderos sublevados.*

*Ahora resta que Tello reúna toda su fuerza, se venga a Potosí y se den medidas eficaces para cuidar los heridos que quedaron en el Rosario.*

*El General Córdova escribe hoy al General Arenales haciendo un reclamo de los granaderos. Veremos cuál será su contestación.*

*La nota del General Córdova la lleva el Capitán Andrade y quiero saber que usted me diga cuáles de sus soldados de Ayacucho se portaron mejor para sus merecidos ascensos de este año.*

*En cuanto al paisano Figueroa, muerto en combate contra los facciosos, ya ordené una pensión de por vida para su viuda.*

*Afectísimo*

Sucre.



*Chuquisaca, 22 de Enero de 1827.*

*Querido Coronel:*

*Anoche llegó Andrade con la noticia de que el General Arenales ha dado cuenta de todo a su gobierno y espera órdenes para proceder.*

Sucre.

En esta carta para O'Connor del 25 de marzo de 1827 el mariscal Sucre presidente de Bolivia, expresa claramente su preocupación sobre los sucesos despertados en Salta por la presencia en esa provincia de los granaderos desertores, después de estos haberse juntado con Francisco Gorriti para derrocar a Álvarez Arenales quien los había recibido en el seno de sus tropas unitarias.

*«Aún el General Arenales no ha llegado a Bolivia, pero sí lo ha hecho el señor Sevilla quien viene de parte del nuevo gobierno, pidiendo auxilios para desarmar y contener a los granaderos. Pues estos han querido fomentar una revolución a cabeza de la cual está el Sargento Perea y doce granaderos más quienes piden, sobre todo, regresar a Venezuela.*

*Me avisan de Salta que López Matute da a sus soldados toda clase de licencias.*

*Aunque estoy vacilante de lo que haré, reservadamente le indico que estoy casi resuelto con tal que nos entreguen a Matute y sus granaderos, vaya Usted con doscientos hombres de caballería y trescientos Voltigeros para auxiliarlos.*

*Esta operación necesita mucha cautela y llegar de sorpresa hasta la misma Salta. Y es necesario que Gorriti garantice que la gente de esa provincia proteja nuestra tropa. Vaya Usted meditando lo que le propongo para esta empresa.*

*No ha llegado correo del Perú, pero se que se prepara una gran explosión. El partido que se ha apoderado del gobierno fomenta animosidades contra nosotros y particularmente contra el Libertador.*

*Es ocioso recomendar a Usted la vigilancia sobre la tropa, pues mientras los soldados conserven el orden, no habrá la menor novedad.*

*Recuerde que nuestros enemigos han de buscar todos los arbitrios para alborotarnos la tropa, y así mantenernos en revoluciones y disturbios.*

*Soy de Usted, su afectísimo y buen amigo:*

Sucre.

## Capítulo XI

«Con el general Álvarez Arenales, teníamos estrechos nexos de guerra desde 1824.

Después de la batalla de Ayacucho donde participamos unidos, colombianos, argentinos, peruanos y chilenos, el general español Pedro Antonio Olañeta no quiso darse por vencido. Pese a la derrota y la honrosa capitulación que les concedió el mariscal Sucre, continuó con un cuerpo de su ejército alzado en armas.

Toda una división realista, resistiendo en los acantilados de la sierra.

Nosotros, junto con varios batallones de las tropas de Sucre, gastamos meses escalando cerros siempre en el frío, la niebla y la lluvia alertas a las emboscadas, comunicándonos por señales embanderadas de altura en altura, cruzando cascadas torrenciosas y quebradas de fuerzas arrasante.

Dura la persecución de aquel realista empeinado que no lográbamos encontrar nunca porque confundía a los rastreadores dejando rastros falsos en veredas inaccesibles. Imponiendo miedo a la indiada de las cumbres, al amenazarlos con represalias, si eran delatados.

Así fue como encontramos en el Alto Perú al general Álvarez Arenales y sus granaderos argentinos, quienes andaban en la misma misión de terminar con toda resistencia, pues a tanto había llegado la osadía de Olañeta, que se autoproclamó virrey del Perú y del Plata.

Dejando detrás, una estela de muerte y desolación al asaltar poblaciones como La Paz, Cochabamba y Potosí, saqueadas a su gusto.

Fue la primera vez que escuché hablar de Salta en boca de los soldados de Álvarez Arenales, quien tuvo el honor de toparse al fin con Olañeta y derrotarlo con sus granaderos, en el caserío de Tumusla.

Al llegar nosotros, todo estaba consumado, pues los soldados de Olañeta, se sublevaron contra su jefe, fusionándolo de inmediato.

Ese primero de abril de 1825, los soldados de San Martín y de Bolívar nos abrazamos emocionados porque habíamos vencido, por la astucia y táctica del general Álvarez Arenales, uno de los últimos reductos del imperio español.

Por eso, pienso ahora, en su hermosa frase de Salta al recibimos tan compungidos por nuestro escape de Bolivia: –No se preocupen, América es una sola–.

Claro que América es una sola, como pude comprenderlo en Guayaquil mientras estábamos de guardia del Libertador, el día en que desembarcó de regio uniforme blanco y azul, el general José de San Martín, para entrevistarse con él.

Llegó de pie en una chalana y lo recibimos en el muelle con los honores de su rango, presentando armas a pie firme.

Elegante, alto, fornido, blanco, majestuoso, de paso calmado, hasta caer en los brazos de Bolívar, bajo de estatura, moreno, requemado de sol, delgadito y eufórico.

Nadie supo que hablaron esos dos; menos nosotros, unos simples soldados, pero pasaron todo el tiempo conversando a solas, mientras fuera del salón de la conferencia todo era silencio y expectativa.

Tanto silencio que hasta el silencio se escuchaba, porque nadie se atrevía a hablar en voz alta, consciente de que en aquel aposento se definía el destino de América.

Ese 27 de julio de 1822, no lo olvidaré nunca, todavía estaban frescos los laureles de Carabobo, donde participamos con la caballería de Apure para libertar a Venezuela.

Así era mi general Bolívar; un día liberando a Venezuela y un año después, tomando el mando de todos los ejércitos. El de San Martín y el suyo, con la ilusión de Ayacucho palpitándole.

Era de noche, después del baile de gala, cuando se retiró el general San Martín, serio, circunspecto, al despedirse de Bolívar.

Sin una palabra sobre lo pautado entre ellos, pero nosotros comprendimos que el Protector del Perú dejaba su mando, decepcionado por la falta de apoyo del gobierno conservador de Buenos Aires.

—Usted completará lo empezado por mí en el Perú, general Bolívar—, debe haberle dicho.

Y así sucedió hasta el año de 1824, cuando triunfamos en Ayacucho, bajo las órdenes del general Sucre porque a Bolívar también le retiraron el mando los congresantes bogotanos.»

América es una sola para algunos que así lo comprendieron, como San Martín y Bolívar, quienes percibieron algo que en su egoísmo y cortedad de miras no podían percibir los congresos oligarcas de Buenos Aires y Bogotá.

## Capítulo XII

«Al llegar a Salta, comenzamos a enterarnos de la lucha gloriosa de esa ciudad por su independencia de España.

De las repetidas invasiones realistas desde el Alto Perú y la defensa de los salteños en manos del gobernador y caudillo popular, general Martín Manuel Güemes, comandante tan querido de la gauchada.

Güemes, gaucho y guerrillero en apoyo de San Martín, indomable para los Virreyes del Perú que invadían sus valles, donde con su caballería los repelía, emboscaba, derrotaba, dentro de su gran escasez de recursos por la desidia del gobierno central de Buenos Aires.

El gaucho rebelde que repartía tierras a los suyos; ese gauchaje de barba tradicional y facón en la cintura; el ser más despreciado por las altas clases sociales de Argentina.

Embargaba bienes realistas para pagarse gastos de guerra; el hombre que con solo un grito convocaba ejércitos. Los infernales de Güemes, como los llamaban en Salta, armados de lanza, sable curvo, puñal y carabina ligera, para su mayor eficacia.

«No lo conocimos, cuánto he deseado haberlo conocido, porque lo mataron a tiros, en las calles de su pueblo cuando una partida realista, enviada por Pedro Antonio Olañeta, el mismo que derrotamos en el Alto Perú con Álvarez Arenales, después de Ayacucho, lo sorprendió una noche estando de visita en casa de su hermana.

Cruzado de balazos, tardó en su campamento diez días muriéndose, dejando a sus gauchos solo con el recuerdo de su existencia.

Se le iluminaban los ojos de ira y pena a los veteranos que conocimos, al recordar ese 27 de junio de 1821.

El general don Martín se nos muere, se está muriendo, lloraban sus soldados al lado de su lecho, con lagrimones de verdaderos hombres.

Pero estábamos en Argentina y allí continuamos todo el tiempo de 1826 a 1827, a las órdenes del coronel La Madrid en Tucumán. Un oficial blanco, elegante, joven y altivo a quien habíamos visto en Lima, en el ejército que puso a la disposición de Bolívar, el general San Martín. Por eso muchos de estos oficiales argentinos, nos eran conocidos.



Y con el coronel La Madrid y sus granaderos de vistosos uniformes, parecidos a los de Morillo, hicimos la guerra con la repugnancia en el cuerpo, porque nuestra simpatía estaba con los gauchos que fueron de Güemes y ahora andaban luchando por su libertad y contra el desprecio godo, a las órdenes de Facundo Quiroga y el Chacho Peñaloza.

Fue una campaña con desgano donde nos sentimos los colombianos, como simples mercenarios, algo que no habíamos vivido nunca, porque hasta ese momento nuestra lucha era con la patria en el corazón.

Después, en esas mismas fuerzas unitarias, enfrentamos a Quiroga un 27 de octubre de 1826 en El Tala donde las fuerzas tucumanas fueron derrotadas por los riojanos.

Allí el Chacho en uno de los asaltos que nos hacía, recibió un lanzazo en un costado que lo llevó al borde de la muerte.

Poco tiempo después, volvimos a ocupar Tucumán y La Madrid organizó en orden la lucha contra Quiroga.

Y el 29 de junio, Quiroga dispersó nuestra vanguardia en Palma Redonda.

Días después, un seis de julio, este hombre incansable, como lo es Facundo, nos enfrentó de nuevo en El Rincón de Valladares con una fiereza tan grande que nos hizo admirarlo más que nunca.

Fue allí en aquel rincón desértico donde percibí el palpito que cambió nuestro destino al vernos atacados y luchando contra gente llanera, tan llanera y de abajo como nosotros.

– Zambo Palomo, hasta aquí llegamos–, le dije al zambo guariqueño que era mi compañero inseparable con el grado de teniente, ganado en el Ejército Libertador.

Y de una vez, seguido de todos los que formábamos el ala izquierda de La Madrid, lanzas bajas y al revés, carabinas descargadas y terciadas con los brazos abiertos, al pasitrote, nos acercamos al hombre de barba cerrada y mirada de tigre que como si nos estuviera esperando, gritó al llamarnos con la mano: –Vénganse de una vez a discreción, que de ahora en adelante somos los mismos–.»

Facundo Quiroga, el Tigre de los llanos.

Jinete en un caballo overo, de mediana estatura, pecho y brazos musculosos, endurecidos por su antiguo trabajo de albañil tapiero; contrabandista en la frontera chilena, conocedor de todo camino escondido, serranías y veredas, a lo largo de su vida.

Jugador de cartas empedernido en las pulperías donde llegaba, respetuoso de las deudas de juego, como buen gaucho matrero.

Rostro ovalado, barba negra retinta que le comía la cara, cabellos en melena ensortijados, ojos como puña-

les al estallarle la rabia, voz gruesa, estentórea, imperiosa en el mando, al frente de su caballería lancera.

«Y para mi sorpresa cabalgaba a su lado un muchacho adolescente, jinete en una yegua rucia tremoleando una bandera negra, con dos huesos entrecruzados bajo un cráneo también pintado de blanco. ¡Carajo!, igualita a la de Boves que en 1814 tremolié bastante en el llano venezolano.

Montaba en silla adornada con arreos de plata y pellón de estambre rojo encendido. Freno liviano, rienda de cuero crudo, falsa rienda tejida con cerdas blancas y negras de su propia caballada.

Así era, lo que guardo en el pensamiento, la mañana polvorienta cuando abandonamos al coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, godo unitario, valiente e impulsivo, que miraba enfurecido desde sus filas en derrota, nuestro pase al bando que ha debido ser siempre el nuestro.

Un militar todo lo contrario de Facundo Quiroga: de mediana barba arreglada, chaqueta azul marino, charreteras doradas, porte distinguido y voz educada con sonsonete tucumano.

Fue terrible la derrota que sufrió en El Tala de manos de Quiroga, valiente de verdad, como lo pudimos comprobar nosotros que todavía estábamos bajo su mando. Cuando acosado por las cargas delirantes de Quiroga y el

Chacho, se les echó encima con sus granaderos, para penetrar las filas cerradas de la infantería de Facundo.

Lo vimos perderse arropado por el manto gris de la polvareda y al atardecer todo estaba perdido.

No lo encontrábamos por ninguna parte en aquel tumulto de lamentos, bajo un sol declinante que enturbiaba la mirada.

En el campo del Tala, esterado de muertos, perdimos dos de nuestros lanceros, así me lo avisó el Zambo Palomo con aire de reproche en la palabra, como queriéndome decir si valdría la pena seguir con los unitarios.

Solo valiéndonos de un prisionero que lo había visto caer, pudimos encontrar herido a La Madrid, en la oscuridad de un matorral.

Después, al mejorar, continuó luchando contra Quiroga, acompañándolo nosotros, hasta El Rincón de Valladares donde volvimos a ser llaneros.

Ese día, con los míos en formación, ante Facundo, juramos serle fiel a este riojano valiente, duro y feroz, pero un gaucho de verdad que por su respaldo popular ya era famoso en toda Argentina.

Sin embargo, me sentía culpable de haber servido con La Madrid, con gente que no era la mía, pero tuve que hacerlo por compromiso militar.

La gente mía es la llanerada de todas partes, siempre mal vista por el blanqueamiento dominante; y mis ideas, liberales, amantes de la igualdad.

Las que dejé plasmadas en el documento firmado en Bolivia, la noche en que deserté del ejército más glorioso de América.»

Blanca

## Capítulo XIII

«Continuamos con Quiroga y Peñaloza en todas las incursiones de sus fuerzas contra los unitarios de Buenos Aires.

Y en estas correrías, conocimos gran parte de Argentina hasta su pampa ilímite tan parecida a nuestra llanura. Ovejas, cabras, guanacos, llamas, vicuñas, viscachas del Norte que no existen en Venezuela.

Ciudades de casas entejadas, como Calabozo del Guárico; bajíos y bancales en la pampa; garzas blancas en los lagunazos; patos reales por todas partes; perdices de huevos verdes; armadillos, ñandús de cuello viperino, en rebaños que cazan los gauchos lanzándoles boleadoras que con sus bolas se les enredan en las patas, derribándolos en la carrera.

Pronto aprendimos todas las argucias de su vida errante, en las conversaciones de sus días de paz, mientras to-

mábamos mate y jugábamos truco en el campamento de Atilas de La Rioja, paradero de Facundo, a la sombra de un algarrobo frondoso y de un ombú donde amarrábamos los caballos, parejeros, como los llaman los gauchos.

Amplio patio de concentración; asados suculentos; vinillos y anizados; guitarreo de alegrías y tristezas, pero siempre listos para la llamada de Quiroga. Vidalitas cantadas a coro, «El Triste» para un amigo muerto, Cielitos montoneros.

Con la esperanza de que se recuperara el Chacho del bayonetazo que recibió en El Tala.»

Rodeado de sembradíos, pastizales, rebaños de ganado y bestias en la soledad rojiza del desierto, distante de los agujajes, silencioso, impresionante.

Rojas montañas en la distancia con una extensa llanura entre ellas.

Llanura fértil y de repente bosques de quebracho colorado, cardales sedientos, llanura arenosa, árida, como muerta. Los llanos de La Rioja, tierra del algarrobo y la miel, de Facundo Quiroga, quien se aparecía entre los suyos para también compartir el sosiego del campamento.

Facundo en la tertulia, siempre interesado en el escuadrón colombiano.



«Nos escuchaba benevolente, siendo un hombre tan recio, pues entendía con inteligencia el dilema de nuestras vidas.

Yo lo admiro mucho, lástima que esté lejos, porque sino ya habría venido a sacarme de este aprieto de muerte.

Tiene el arrojo de mi general Páez en sus buenos tiempos de Apure. Ama como él los caballos y cuando pierde su parejero en un combate, como él lo venga, con sus cargas indetenibles hasta desbandar a los contrarios.

Vivíamos bajo la amenaza constante del encuentro con Lavalle, La Madrid o el Manco Paz, un general lisiado de la mano derecha, pero que conducía su tropa unitaria con táctica impecable. De batallones que actuaban con precisión de parada militar.

Este Manco artillero que destrozaba nuestras filas no podía usar su mano baldada para cargar un fusil o blandir una lanza, pero usaba sus ojos de lince para con la puntería de sus cañonazos imponerse en los encuentros.

Con el Chacho Peñaloza y sus sogueros riojanos, asaltábamos a caballo su artillería para enlazar, a soga limpia, sus cañones de muerte.

Era el destino que escogimos de buena fe y voluntariamente, con la esperanza recóndita de viajar a Buenos Aires, siguiendo el curso de los ríos que cruzan el país para llegar hasta El Plata y por su estuario, al barco que

nos acogiera en mar abierto, antes de que los cañones de Paz terminaran de diezmannos.

Meses de espera, viendo cómo mis llaneros venezolanos se me iban extinguiendo al tiempo en que por afinidad de carácter y amor por la libertad, la amistad se iba acrecentando con esos gauchos aborrecidos por los unitarios que los consideraban bárbaros y peligrosos.

Ya yo usaba rumboso, poncho rojo sobre mis hombros, pantalón bombacho y hasta un chiripá fiestero que me regalaron en Salta.

Siempre con mi general Quiroga tomando hoy un pueblo, mañana, otro, pendiente de su genio cambiante cada amanecer.

Latigazos en las espaldas para los desobedientes; fusilamientos de enemigos rebeldes, cuatro tiradores ordenaba y se acababa la vida de un hombre.

Vejámenes para los ricos renuentes a sus empréstitos, impiedad al enfurecerse y castigar con su rebenque, batiendo con fuerza de toro.

Tan cruel como Boves, pensaba yo, pero con gestos de nobleza que a veces se reflejaban en sus grandes ojos negros.

Presencí cuando en La Rioja, le llevaron bajo arresto, al general Rudecino Alvarado, del ejército de San Martín,

Bolívar y Sucre, que luchó a nuestro lado en Junín y Ayacucho. Muy apreciado por el Libertador de Colombia por su entereza, seriedad y amor por la independencia.

General Alvarado ¿Cuánto paga por su libertad?

Nada, general Quiroga, usted sabe que no tengo dinero.

¡Paga o lo fusilo, general!

Proceda general, pues desde hace mucho tiempo no le temo a la muerte.

Enfurecido, se quedó mirándolo Facundo, rebenque en mano y luego, muy despacio, casi en murmullos, dio la orden de destierro.

El coronel que lo conducía al carruaje, con todo respeto le dio el brazo al anciano y antes de que salieran del aposento, Facundo lo llamó imperioso, para decirle en secreto:—entrégale esta bolsa con dinero para sus gastos cuando ya vayan en camino, y dile de mi parte, que todavía no he manchado mis manos con sangre de héroes—.

Fueron varias nuestras victorias y derrotas juntos en La Rioja, Salta y Tucumán y han podido ser más si a mí, personalmente, no me hubiera llegado, en su ausencia, la maldición de un amor imposible en un pueblo de godos.»

Blanca

## Capítulo XIV

«Mientras tanto, mis muchachos se iban acostumbrando a este país tan parecido a Venezuela.

Muchos se me iban muriendo en las cargas relancinas que acostumbrábamos en la guerra.»

Asombrados del desdén que los porteños acomodados, sentían por el gaucho. Según ellos y algunos escritores positivistas, un género humano que debía desaparecer para que se impusiera la civilización y las razas caucásicas, a la barbarie del campo.

Miles de inmigrantes traídos desde el comienzo de la república; sobre todo, durante el gobierno de Rivadavia, cuando comenzaron a llegar a la llanura, para ir desplazando la indiada salvaje y el gauchaje mestizo, aposentados en esas tierras.

«Nosotros, pardos venezolanos, nunca tuvimos cabida en esa nueva política de un país que ya estábamos queriendo.

Por eso apoyamos a Facundo y al Chacho Peñaloza, defensores de los miserables, herederos de Güemes y sus infernales.

También nos repugnaba la muerte que los centralistas daban a nuestros prisioneros federales; degollados, sin fórmula de juicio, con cortadas de cuchillo, de oreja a oreja, en la garganta.

El Zambo Palomo, tan acostumbrado a matar gente, aprendió rápido esa manera de degollar prisioneros, cuando por orden de Quiroga, en represalia, había que hacerlo con los unitarios.

Llegamos a identificarnos tanto con el gauchaje, que logramos amistades verdaderas, gozábamos de sus diversiones y sentíamos como nuestras sus penas.»

Esa era la nueva etapa que les tocó vivir a los desertores de Bolivia asombrados por ver repetirse lo que en Colombia no se veía desde los tiempos de Boves y Morales. Zuazola, despellejador de gente; Rosete, cortador de orejas y narices. El salvajismo que obligó a Bolívar a declarar la Guerra a Muerte contra españoles y canarios.

La sanguinaria represión de los jefes españoles contra los insurgentes; pero nunca, tanto odio político entre facciones antagónicas de su mismo pueblo.

«Sin embargo, como nosotros éramos unos profesionales de la guerra, con nuestros compañeros argentinos, hacíamos la guerra contra los unitarios y en los campamentos del vivac compartimos con ellos intimidades y hasta nos lucíamos compitiendo en faenas de gauchos.

Los gauchos que boleaban cimarrones en las llanuras con las boleadoras que no les falta nunca en el anca del caballo. Corríamos juntos apuestas, en carreras de parejeros. Jineteaban potros mostrencos y manteaban a sabana abierta toros plantados por su bravura.

Rebaños de sangre andaluza, iguales a los de nuestros llanos. Reses cornalonas de bravía embestida con las que los venezolanos también nos lucíamos, mostrándonos cómo se trabajaba el ganado en Apure, Casanare y Arauca.

A pecho de caballo, descalzos con el dedo gordo y medio del pie, agarrando la acción de la montura, sin hacer caso del estribo, enlazando cachilapos, reduciendo rebaños cachaleros con lazo de gotera, de arriba hacia abajo, al llegarle el parejero a las ancas de la res.

Hueseábamos desmontándonos en la carrera al tomar el animal por los cuernos, para doblarle la cabeza en el derribo. Coleábamos de madrina a madrina, pasando la cola de la res bajo la pierna, a la apureña. Compartíamos con ellos el asado de res con todo y cuero.

En la faena de corraleja, tumbando toros en el botalón, para, al castrarlos, hacerlos novillos de venta en el

engorde sabanero. Y cuando mirábamos el cielo despejado, nos hacíamos ilusiones de que estábamos en Venezuela.

Poco después, decidimos permanecer entre La Rioja y Salta, mateando a diario en bombillas de plata para distraer el ocio.

Acompañábamos al Chacho Peñaloza en sus ideas de emancipación de los suyos el más gaucho de los gauchos con el caballo, la boleadora, la sogá, el puñal, la carabina espingarda y la lanza, en su permanente enfrentamiento con La Madrid y Lavalle, sus enemigos a muerte.

Habíamos madurado como combatientes ese año de 1827, pero los años nos iban pesando después de tanta aventura y desencantos. Nos sentíamos cansados de continuar deambulando, a punta de pago de soldada, sin encontrar nunca la libertad y la igualdad que durante tanto tiempo estábamos buscando.

En nuestra intimidad deseábamos la paz y la tranquilidad. Un amor de esposa que algunos habían encontrado en Salta.

Como el Zambo Palomo, quien aunque tan fiero se retiró llano adentro, con una muchacha campesina que se llevó en el anca de su caballo.



Haciéndose, con su fama, un verdadero gaucho malo por interminables veredas donde no lograron apresarlos nunca.

Palomo como siempre, acompañado de otros fugitivos, enfrentando a puñal y sable las partidas perseguidoras en sus caballos amaestrados en el flanqueo, bandeándose en la carrera al esquivar los balazos.

Por eso a mí también me llegaban recuerdos del amor de Margarita Pavón, allá tan lejos, en las riberas del Apure.

Pero como una maldición, sabiéndonos perseguidos de nuevo por los unitarios, ni yo ni mis compañeros sobrevivientes encontrábamos tranquilidad en ninguna parte, sin atrevernos a rumbear hacia el sur donde estaba Buenos Aires y la esperanza.

Acompañado de un gaucho amigo, de los antiguos soldados del Perú, Roberto Elizondo, me aparté también de los míos dejándole a cada quien realizar su destino.

Caminábamos de noche para no ser vistos en lejanía y en el día nos perdíamos en esas inmensidades.

Roberto, jinete en un parejero pangaré el mejor caballo de los llanos, zaino dorado que nadie lo alcanzaba en la carrera.

Robábamos caballos escogidos en los potreros de las estancias que Roberto Elizondo, blanco, formal de negra barba y sombrero a la pedrada, conocía desde niño.

Gaucha Malo, llamaban también a Roberto; y yo también me hice Gaucha Malo, compartiendo su suerte.»

Gauchos malos errantes, que nadie detenía en sus travesías interminables, quienes si los acosaban los soldados se lanzaban a los ríos invadables poblados de yacarés, nadando agarrados a la cola de los caballos. El que escapaba tendido sobre el cuello de la bestia, entre una lluvia de balazos.

El que si lo acosaba el hambre, al agotársele los bastimentos del porsiacaso llevado en la silla, boleaba la primera res que encontraba desgarrada y de una vez la apuñaleaba para abrirle a cuchillo la garganta, por donde extraía la lengua y la papada, el bocado predilecto de los gauchos.

El que viajaba con la leyenda a cuesta que cantaban los guitarreros en las pulperías de los pagos más distantes. El que jugaba de a caballo el Pato, disputándose patos vivos que desgarraban en la carrera. El que se desafiaba a cuchillo con otro, para arrebatarle la fama, dejándolo marcado en la cara.

Concedor de la indiada que realizaba malones en las estancias robando madrinas de reses, hatajos de caballos y también, mujeres blancas para hacerlas sus hembras.

«En las noches cuando llegábamos al campamento de otros perseguidos, nos contábamos nuestras historias, mientras mateábamos al son de las guitarras y fumábamos de sus tabaqueras, vejigas de res pintadas de azafrán.

Chacareras que bailábamos con las mujeres compañeras, milongas, coplas, vidalitas gauchas, joropos llaneros de Venezuela, que yo con dos amigos de los míos que me seguían siempre, cantábamos al arpa en competencia de música, contrapunteos de recuerdos

*Milonga de aquel gauchaje  
que arremetió con denuedo  
en la pampa que es pareja  
o en La Cuchilla de Haedo.  
Hombro a hombro, pecho a pecho,  
Cuantas veces combatimos  
¡Cuántas veces nos corrieron!  
Cuantas veces los corrimos.*

Bajo aquella luna pálida sobre la distancia de sombras, me embargaba la tristeza, el recordar mis años en el ejército de Apure.

Recordaba a Margarita Pavón, borrado el olvido:

*Anoche estuve de guardia  
en las lanchas cañoneras  
¡ha malaya quién pudiera!  
volver a verla siquiera.  
En la calma del recodo*

*se veía la espuma dormida  
acariciando el aguaje  
del bagre que la acobija.  
¡Ah malaya ver de nuevo!  
el remanso del Apure  
donde sembré mi semilla.*

*Del llano recio y bravío  
tierra donde nace el sol  
traigo un mensaje de versos  
de paz y de redención  
La musa de mis recuerdos  
que me dio mi inspiración  
para cantar con orgullo  
como llanero que soy.*

*Llano que rompiste un día  
con furia, garra y valor  
el yugo que a Colombia  
tenía el imperio español.*

*Con catorce lanceros  
comandados por Rondón  
centauros de raza indomable  
recios como el ventarrón.*

Terminé cantando, con la imagen de Pantano de Vargas  
retozándome en el corazón.»

Cantaban, cada uno su balada, porque la música ha sido siempre el encanto del llanero, donde quiera que exista llano, en esta América mestiza.

Entre los gauchos, la payada; entre los venezolanos, el contrapunteo en desafío de ingenio. Para los gauchos cantarle a Nuestra Señora del Luján; para los venezolanos, a la Virgen del Real de Plata.

Pero siempre desafiándose en rueda de amigos, envueltos en leyendas.

Las viejas leyendas del llano que nos llegaron con los romanceros de España, juglares de todos los tiempos.

Santos Vega, en Argentina, un payador tan faculto que el único que pudo vencerlo fue el diablo.

Florentino, en los llanos de Venezuela y Nueva Granada, tan grande con su verso, que en noche sin luna, pudo lograr la hazaña de vencer al mismo diablo.

El perenne mito que nos envuelve, sin dejar de envolvernos nunca.

Blanca

## Capítulo XV

«Hasta que supe por boca de uno de los míos que me continuaba fiel, que los federales otra vez en el mando de la ciudad, me daban cuartel y me pacifiqué con garantías, teniendo en cuenta mis servicios a ellos y a la independencia de América.

Me aquerencí en la ciudad y me fui haciendo la vida con los ahorros que guardaba en monedas de oro de la campaña con Facundo, quien conmigo fue tan generoso.

Todo iba bien; compré una chacra en el valle y un caballo de los mejores, rucio azul, de buen paso y buena carrera, lo más apreciado por un llanero de toda una vida a caballo.

Me recordaba a Guardatinajas, la belleza de la plaza de Salta sembrada de claveles y sombreada por algarrobos frondosos.

Pero sobre todo, la belleza de las muchachas que los domingos paseaban por sus avenidas y calles del pueblo.

Hasta que una tarde en que pintamonero, cabalgaba en mi caballo, vestido con mi traje de gaucho poncho rojo, me ganó el corazón la mirada que me lanzó desde su ventana Luisa Ibazeta, hija de un rico comerciante español emparentada con las mejores familias de Salta.

Nunca pude imaginarme, que una muchacha de su clase, llegara a fijarse en un indio guariqueño como yo, aunque estuviera rodeado de un halo de leyenda guerrera, amigo y soldado de Facundo Quiroga.»

Moreno de mediana estatura, delgado, rasgos finos, rostro aindiado, cabello negro y lacio en corta melena, barba escasa, cuerpo musculoso y piernas cambas de tanto andar a caballo, cubiertas por botas cortas, piel de yegua, adornadas con espuelas de plata nazarena.

Airoso en la montura con arreos, también de plata, facón de S en el ancho cinto, sombrero chambergo, barboquejo de borlitas.

Y cada domingo que pasaba por su casa, la muchacha rubia le devolvía las miradas.

Fue un amor tan desbocado que no aceptó resistencias, protestas ni habladurías mal intencionadas, en aquella sociedad tan cerrada.



Hablaban a escondidas, se citaban en la sacristía de la iglesia; le enviaba cartas que respondía solícita, hasta que todo se hizo público con carácter de escándalo.

Consejos, amenazas, advertencias de sus amigos, pero aquel hombre empeinado insistía en su correspondida pasión amorosa.

Se hacía cada día más difícil ver a Luisa, a quien sus padres encerraron con puertas y ventanas herméticas. Sin saber que cuando existe realmente amor este rompe barreras y la muchacha en verdad estaba enamorada de López Matute, sin importarle las consecuencias.

Por eso, valiéndose de una amiga cómplice, los enamorados se pusieron de acuerdo para escapar juntos y luego casarse en la iglesia de un pueblo distante.

Y en una madrugada sin luna y calles íngrimas, por el solar de la casa la «raptó» López Matute, junto con su caballo de paseo que pastaba en la caballeriza.

Se la llevó limpiamente, montándola en el parejero de Luisa, que con manos expertas ensilló con apuro. Y por la calle del sur de Salta, salieron sin que los viera nadie, amparados por la buena suerte.

Él en su rucio azul; ella, en su alazán dorado. Al amanecer, el escándalo se hizo más grande y partidas de soldados salieron en su búsqueda, pero los novios no aparecían, aunque recorrieron todos los alrededores de Salta. En la

chacra, en los valles, en los cerros y colinas, en los bosques, en la llanura abierta, sin un alma en la distancia.

Se habían encontrado con Roberto Elizondo y sus gauchos matreros que los estaban esperando, y seguir los rumbos que tomaba Roberto, era tan difícil que parecía imposible. Tan baquiano por todos los caminos, travesías, vados de ríos, siempre burlando a los rastreadores que los seguían, los mejores rastreadores de Salta.

Se casaron ante un cura de olla y limosna; celebraron con un cielito en una pulpería del camino; nadie los denunció nunca y durante meses se consideraron seguros, en el campamento de Roberto Elizondo.

Pero al fin triunfó la persistencia de la partida perseguidora, que en silencio del atardecer, rodeó el campamento.

Corrieron todos al escape en sus caballos siempre presuros. Él a su lado; adelante, Roberto y los suyos, cuando llegó la fatalidad que no se hace esperar nunca.

Apresuraron el paso, del galope a la carrera franca, desbocada hacia el vado del río.

Pero Luisa se quedó atrás al tropezar el rosillo en un tronco del playón y en lo que su esposo volvió riendas, para auxiliarla en la caída, los cercó la partida, haciéndolos prisioneros, sin que valiera los ataques de Roberto Elizondo y sus amigos, lanza en ristre para liberarlos.

Al día siguiente, al pintarse el alba, entraron todos por la calle Real de la ciudad. Adelante los esposos; detrás y en silencio, los soldados perseguidores.

López Matute enfurecido; ella, llorosa, pero altiva, sin ocultar su rostro con vergüenza.

Blanca

## Capítulo XVI

La familia de Luisa Ibazeta, avergonzada por el rapto, no encontró otra forma de vengarse que acusando al Capitán, ante el gobierno, de tener un plan conspirativo en combinación con Roberto Elizondo y Facundo Quiroga para derrocarlo.

El Cabildo de Salta lleno de prejuicios se reunió de urgencia y lo acusó de traidor, sin otras explicaciones ni pruebas, ante un Consejo de Guerra que lo condenó a muerte.

«Desde entonces estoy en este calabozo repasando mi vida entera y ponderando mi mala suerte.

Debo tener un hijo en Venezuela con Margarita Pavón, hijo que nunca conocí; y ahora, Luisa Ibazeta está embarazada, cuando a su marido no lo salva nadie del fusilamiento.

Lego a la Argentina, mis triunfos contra los unitarios, mi amor por el gaucho y el indio, condenados a la extinción; y ese otro hijo que guarda en el vientre Luisa Ibazeta, mi esposa salteña, con un destino tan incierto».

Tal como lo esperaba, al amanecer del día siguiente, ante la imposibilidad de salvarle la vida, a ruegos de su esposa y para complacerla, las autoridades sin retirarle los grillos que cortaban sus piernas, de lo apretados que estaban, lo llevaron a la iglesia de la Compañía de Jesús para que se despidiera del mundo, oyendo misa y comulgando en redención a sus pecados que ensombrecían su azarosa vida de guerrero.

Todo marchaba bien de acuerdo con lo pensado por la Curia en pleno allí presente, en cumplimiento de un rito que complacía a todos. Hasta el momento de la eucaristía porque cuando fueron a colocarle la hostia en la boca, en la comunión salvadora de su alma, el llanero, iracundo, le arrebató el cáliz al sacerdote y lo levantó en alto, cubriendo de maldiciones a los presentes y amenazando con derramar el copón al grito de: «soy inocente de toda conspiración, me van a matar para complacer a los curas y godos de este pueblo.

¡Viva la libertad! ¡mueran los salvajes unitarios que sson ustedes!

¡Terminen de fusilarme y acaben de una vez con esta pantomima!»

Y levantó el cáliz sin soltarlo, ante el pasmo de los sacerdotes y los fieles, atónitos por el sacrilegio.

El canónigo Gorriti detuvo la misa y como el prisionero se negaba a entregar el copón, con voz estentórea ordenó: «¡Fusílenlo con todo y cáliz!»

Se dio por vencido el Capitán y entregó el vaso sagrado, dejándose llevar con altivez y valor ante la muerte.

La ejecución iba a efectuarse en la plaza Mayor, pero como su esposa era tan querida y estaba en estado de postración, decidieron evitarle el espectáculo terrible y llevaron al condenado a su chacra, al sur de las Colinas de Medeiros, las mismas que se hicieron famosas durante la Guerra de Independencia porque allí Martina Silva de Gurruchaga reunió a hombres y mujeres y auxilió a Belgrano que estaba en riesgo de perder la batalla de Salta.

Atado a un árbol, recibió la descarga.

No se contentaron con esto los ejecutores, pues sus pies fueron cortados para poder extraer los grilletes clavados en sus tobillos.

De su viuda ninguna otra información, solo que la linajuda familia Ibazeta jamás le dio a su hijo el apellido del padre, ofendida y llena de odio.

Era un 27 de septiembre de 1827, cuando al llegar el amanecer y sacarlo del calabozo, finalizó el insomnio de

ensoñación de este oficial guariqueño del que perduran pocos datos de su existencia.

Su monólogo desesperado de esa noche, terminó de pronto sin que tuviera tiempo de rememorar los últimos momentos de su acontecer.

Solo dijo, antes de recibir los balazos de la fusilería, unas palabras para Luisa, recomendándole a su hijo.

«Ese hijo heredero de un hombre que recorrió mil leguas, luchando por la libertad, sin encontrarla nunca.»

Palabras que se llevó el viento.

Domingo López Matute, un ser ignorado que a mí se me ocurrió revivir, como un vencido más en la historia de esta América maravillosa.



## Epílogo

Después de la muerte de Domingo López Matute y la dispersión de sus compañeros sobrevivientes en aquella guerra feroz entre federalistas y unitarios, muchos de ellos, siguieron acompañando a Facundo y al Chacho Peñaloza hasta que se pierden en el anonimato, al ser llevados por el olvido con el paso del tiempo.

El general José María Paz, el célebre manco cordobés, fue venciendo a los federales de Quiroga en la Tablada de Córdoba, donde con su artillería y sus disciplinados infantes en filas precisas, fue raleando el gauchaje de Facundo hasta que este se declarara en derrota.

Así fue también en Oncativo donde, durante una celebración militar con fanfarrias y fiesta de milonga guitarrera, las tropas de Paz cayeron por sorpresa sobre la gente de Quiroga, derrotándolo de nuevo, en una carnicería espantosa.

Se salvaron Facundo y el Chacho, a uña de caballo, para al poco tiempo reaparecer Quiroga en la Pampa de Buenos Aires, donde su socio Juan Manuel de Rosas, ya era gobernador reciente.

El nuevo caudillo federal que se impondría con su fama de buen jinete domador de caballos, arrendador manos de seda, boleador de avestruces, estanciero de incansables faenas ganaderas en sus saladeros de carnes. Impuesto en el gobierno de Buenos Aires, después de que el general Juan Lavalle, en diciembre de 1828, derrocó al gobierno de Manuel Dorrego, federalista de gran popularidad.

El coronel Dorrego, escapado de Buenos Aires, prisionero en el campo de Navarro, para de inmediato ser fusilado, sin juicio alguno, por un Lavalle enceguecido de pasión política.

Facundo, quien quedaba como único rival de Juan Manuel de Rosas en la provincia, después de su triunfo en la Ciudadela de Tucumán, fue llamado por Rosas a Buenos Aires, donde llamaba la atención ante los porteños citadinos su prestancia de verdadero gaucho, su fama de pependenciero, violento y cruel, su barba negra y canosa hasta el pecho, la fortaleza de su cuerpo musculoso bajo su vestimenta de poncho rojo, pantalones bombachos y ancho sombrero campero. Siempre al lado de su caballo, porque gaucho sin caballo no era gaucho.

Se percibía en la capital, la curiosidad y el temor que despertaba como representante, ante los intelectuales, de

la barbarie provinciana que debía ser vencida para imponer la civilización europea.

Tal como lo interpreta Domingo Faustino Sarmiento en su famoso libro: *Facundo. Civilización y barbarie*.

Su fama se acrecentó cuando salió de Buenos Aires, con un pequeño ejército miliciano contra los unitarios que los esperaban en el Campo de Chacón, derrotándolos y abriéndose paso entre ellos hasta apoderarse de Mendoza.

Fue después de este triunfo, cuando De Rosas le dio la comisión de marchar para arreglar con su prestigio las disidencias entre Salta y Tucumán y, al regreso de su viaje, se encontró con la venganza en Barranca Yaco.

No le perdonaban sus triunfos sobre los unitarios en el Rincón de Valladares, en la Ciudadela de Tucumán, en Chacón y otros sitios donde, después de muerto López Matute, deben haberlo acompañado los llaneros que permanecían activos, del batallón de caballería desertor.

¡Caballos, Caballos! pedía Facundo Quiroga a su paso por las postas del camino de Córdoba. Caballos de remonta para su galera trágica que se detenía atascada en los barrizales, ¡caballos! Con una extraña angustia en el corazón.

Le habían aconsejado que tomara otro camino, pues era público, entre sus amigos, que en Barranca Yaco lo estaba esperando la fatalidad.

Muerte de un 16 de febrero de 1835, cuando desapareció Facundo, abatido por los balazos de la partida de Santos Pérez, un criminal contratado junto con sus sicarios a sueldo.

«El General Quiroga afianzado y metido en la vida como la estaca pampa, bien metida en la pampa, iba en su coche al muere», como lo dice en un poema, Jorge Luis Borges en 1925, al dejar constancia de su mentalidad nostálgica en admiración por los personajes legendarios. Como defensor del criollo argentino, mirado tan mal ante la avalancha, en la república temprana de 1835, representada por los miles de inmigrantes que parecían opacar las tradiciones y costumbres de su patria.

Suceso terrible esta muerte que culminó en la dictadura de Juan Manuel de Rosas, ahora con el campo libre, al quedar el gauchaje sin jefe, en el reclamo perenne.

Hasta allí llegó la protección a los venezolanos que acompañaron a Quiroga desde 1826, al incorporarse con su caballería íntegra a sus tropas en el Rincón de Valladares, abandonando a La Madrid y sus granaderos, un mediodía de sol y ceniza.

Venganza unitaria, plomo y maldiciones por considerarlos traidores, sin entender sus pensamientos.

Permanecieron entre La Rioja, Catamarca y Salta, sin volver nunca más a su llanura venezolana.

Hasta ahora, solo conjeturas sobre sus vidas marcadas de ahí en adelante por el poderío sangriento de Juan Manuel de Rosas, quien se impuso al terminar con la anarquía.

Con su divisa colorada de la mazorca degolladora para mantenerse en su mandato, sin que nadie se atreviera a contradecirle una orden.

En Salta quedó la tumba de Domingo López Matute, quien murió dignamente, arrebatado por el amor de una mujer, sin poder empatar la sogá que se reventó en su carrera por la libertad.

Como dice la copla escrita a la entrada de Guardatinajas, su pueblo guariqueño: «La sogá que se revienta, corriendo mismo se empata».

Lo demás, el olvido; y a lo mejor, un recuerdo de boca en boca de algunos de los descendientes de sus compañeros sobrevivientes, que también debe haberse llevado el tiempo.

En Guardatinajas, el hado de su ausencia.

Blanca

## Guardatinajas

Intacta fisonomía de ese pueblo llanero. Tinajero de esperanzas.

Hacia el sur del piedemonte cordillera de la Costa, más allá de donde los montes alisan sus últimas arrugas, la tierra se tiende mansa en la llanura. La cruzan soberbios ríos de terrosos lomos, que reparten su función de vida en su caminar hacia el abrazo con el río padre, el Orinoco. En el centro de esa región se extienden los llanos guariqueños, surcados por los ríos Orituco, Guárico y Tiznados. Alrededor de ellos, los hombres han tejido mucha historia y se ha enhebrado el claro destino de sus pueblos y ciudades.

En esas tierras guariqueñas se han asentado al compás del tiempo varios núcleos humanos, señoreados por la impronta de la Villa de Todos los Santos de Calabozo, corazón de esta tierra. Uno de esos lugares es Guardatinajas, un típico pueblo llanero que todavía con-

serva intacto el color y el sabor de su fisonomía interiorana. Un pueblo sencillo y acogedor, apacible y humilde, alegre y cordial, que entrega con llaneza su amistoso convivir.

Tiene una arbolada plaza, en donde un Bolívar llanero recuerda desde el bronce sus lejanas correrías por esos predios. Su pequeña iglesia, frontera a la plaza, que recoge dominguera la fe del pueblo para elevarla en devocionada oblación a Cristo Nuestro Señor. Sus calles de silencio que se estiran al sol, por donde camina la soledad en busca de la sabana o del río. Por donde transita uno que otro vehículo, una que otra cabalgadura, pasa alguna gente y cruza por los aledaños alguna res en busca de la querencia.

Un pueblo que conserva sus desvaídas casas, que inmutables ha visto pasar el tiempo rinconero y solitario. Casas que todavía exhiben el bahareque o los adobones crudos, sus ventanas adornadas de barrotes y los aleros de tejas recortando sus encajes de sombra en los calenturientos mediodías. Con sus frondosos árboles que sombrean umbrosos corrales, en donde la vida se reúne bajo cualquier corpulenta mata de mango, y al vaivén de un chinchorro se adormece soñolienta la resolana de la tarde. Pueblo de gente amiga aposentada en esas casas, que abre sus puertas en cordial entrega cuando se rompe la reserva ante el forastero.

Guardatinajas ha sido un pueblo de vida esforzada y sufrida, que ha logrado pervivir en el tiempo apegado a



sus sabanas de querencia y a su río que salpica de vida sus riberas. Ahora el esfuerzo creador de sus hombres hacen que el río y la sabana, las siembras y los rebaños, pueblen de nuevas esperanzas esas tierras, que bullen de promesas. Con toda razón y justicia, Guardatinajas aspira y espera un futuro provisor.

*Lucas Guillermo Castillo Lara*  
(1996)

Blanca

## Nota bibliográfica

Por allá en 1946, escuché nombrar al capitán Domingo López Matute, en una conversación de estudiante con mis amigos, Rafael Octavio Jiménez y José Esteban Ruiz Guevara, amantes de la historia de la llanura.

Domingo López Matute, nacido en Guadatinajas Edo. Guárico, (ver al historiador Lucas Guillermo Castillo Lara, en su libro con este nombre 1996. Edición de la Alcaldía del Municipio Miranda). El hombre que a la cabeza de ciento setenta llaneros venezolanos, lanceros de caballería, inició la aventura de desertar del Ejército Libertador, desde Bolivia hasta la Argentina.

Más tarde fui informándome acerca del personaje por intermedio del historiador amigo, secretario de la Academia de la Historia, José Antonio de Armas Chitty, quien en su libro, *Historia del estado Guárico*, dice que según el *Diccionario de ilustres próceres de la independencia suramericana* de Vicente Dávila, López Matute era

guariqueño, familiar a la vez del alférez Vicente Matute, de Aragua de Barcelona, soldado de Monagas, Mariño, Zaraza y Bolívar entre los años 1814 a 1820. (*Historia del estado Guárico*. Ediciones de la Presidencia de la República, 1982).

El coronel irlandés, Francisco Burdet O'Connor en su libro *Un irlandés con Bolívar* (Editorial CID. Caracas, 1977) y *La independencia americana*. (Editorial América, Madrid, 1922), cuenta también la deserción desde Cochabamba; su persecución para apresarlos, ese año de 1826 y la intervención de Córdova, Braun, Galindo, Escolástico Andrade, sin encontrar los fugitivos en ninguna parte.

Multitud de peripecias que he encontrado en el libro *Vida del Chacho Peñaloza*, segundo en el mando de Quiroga, del escritor argentino Fermín Chávez. Colección Tierra en Armas. Ediciones Theoría, Rivadavia 1253. Buenos Aires, Argentina.

Allí leí también la referencia de la Batalla del Rincón de Valladares, página 19, donde atraídos por Facundo, el escuadrón colombiano se unió a sus gauchos, al darse cuenta que estos eran tan llaneros como ellos, luchadores contra los godos.

Igualmente, no podía pasar por alto, el *Facundo. Civilización y barbarie* de Domingo Faustino Sarmiento, donde en su página 120, se nombra la derrota de Gregorio Araoz de La Madrid ante las fuerzas federales de Facundo Quiroga.

Posteriormente, por Internet localizamos, en Argentina, al escritor Rafael Gutiérrez, licenciado en Letras, especialista en Lingüística, auxiliar docente de la Cátedra de Literatura Argentina de UN.Sa, y miembro del Instituto de Investigaciones de Literatura Hispano Americana. Luis Emilio Soto, quien amablemente me envió su ensayo «Llaneros en Salta» donde aclara gran parte de la actuación de López Matute y sus compañeros en esa provincia.

Es importante recordar, que el año de 1826, durante el cual ocurre el suceso de desertión, López Matute deja redactado un documento en Cochabamba, para que lo leyeran sus jefes (De Armas Chitty 1978: 274 – 275 documento N° 13), donde expone los motivos de su acción con acentuado sentido político, teniendo en cuenta el momento que estaba viviendo el sueño de Colombia La Grande, que comenzaba a difuminarse: la rebelión de Páez en Caracas, de Bustamante en Lima, de Santander en Bogotá.

Basado en esta bibliografía escribimos esta historia novelada, única manera de hacerlo sin mayores datos reales, más allá de la tradición oral.

Ficción y realidad en un universo real maravilloso que nos embarga.

*Advertencia*

En los versos del capítulo XIV, utilicé parte de una milonga de Jorge Luis Borges, (Antología)

Igualmente de un romance venezolano de Miguel Ángel Nieves Tapia.

Y de *Acuarelas de mi llano*, del colombiano de Arauca José Ramón Camejo López.

### *Reconocimiento*

Quiero agregar y dejar constancia de la colaboración de los amigos conocedores del tema tratado en este libro: Profesor Rafael Gutiérrez en Salta, Argentina; José Antonio Silva Agudelo, cronista de Calabozo, estado Guárico; Juan Naranjo Ascanio y el coronel Emilio Arévalo Brasch, de la misma ciudad; así mismo Argenis Méndez Echenique cronista de San Fernando de Apure.

Y en Barinas, a Alberto Pérez Larrarte, cronista de Barinas y a Edgar Pérez; además de mi esposa Carmen Dolores de Tapia, mi hijo José León Tapia González y Guailor Guerrero, artífices de la relectura y corrección de pruebas de los originales.

El autor

Blanca



## Índice general

Presentación .....	7
<i>Luis Sánchez Aguilera</i>	
Prólogo .....	9
La felicidad de la escritura .....	15
<i>Rafael Gutiérrez</i>	
Capítulo I .....	19
Capítulo II .....	27
Capítulo III .....	35
Capítulo IV .....	41
Capítulo V .....	51
Capítulo VI .....	61
Capítulo VII .....	67
Capítulo VIII .....	77
Capítulo IX .....	81
Capítulo X .....	87
Capítulo XI .....	91
Capítulo XII .....	95
Capítulo XIII .....	103
Capítulo XIV .....	109
Capítulo XV .....	119
Capítulo XVI .....	125
Epílogo .....	129
Guardatinajas .....	135
<i>Lucas Guillermo Castillo Lara</i>	
Nota bibliográfica .....	139



Este libro se terminó de imprimir en Mérida, Venezuela  
en los talleres de Producciones Editoriales C. A.  
produccioneditoriales@yahoo.com  
Telf. 0274-4170660 / 0416-6743557 /0414-3746747  
usando papel Saima Antique